

Trabajo de Fin de Máster

**LA EVOLUCIÓN DEL VÍNCULO
TRANSATLÁNTICO A TRAVÉS DE LA
INTERVENCIÓN EN LIBIA**



COMILLAS
UNIVERSIDAD PONTIFICIA

ICAI

ICADE

CIHS

**Máster en Asuntos Internacionales: Economía, Política y
Derecho**

2020-2021

Autor: Alba Johnston Sirvent

Tutor: Javier Gil Pérez

Universidad Pontificia Comillas
Madrid
Junio 2021

Resumen

Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, el vínculo transatlántico ha constituido una de las relaciones bilaterales más importantes del mundo. Estando compuesto por las mayores potencias económicas y políticas, su correspondencia afecta al funcionamiento general de la comunidad internacional. La guerra civil en Libia de 2011, además de ser un importante suceso de la Primavera Árabe, supuso un punto de inflexión para esta relación debido al modo en el que se desarrolló la intervención internacional, en particular por la actuación en la operación de los aliados europeos.

La hipótesis planteada, y el objeto de este estudio, consiste en determinar si la intervención europea en el conflicto armado en Libia deterioró el vínculo transatlántico entre Estados Unidos y los Estados miembros de la Unión Europea. Con este fin, se presentan una serie de preguntas de investigación relacionadas con la suspicacia inicial del presidente Obama de EE.UU por involucrarse en la guerra civil, con la respuesta europea ante esta crisis, y con la aplicación de sus mecanismos de política exterior. Finalmente, se considera si la nueva política de liderazgo estadounidense (*leading from behind*) es una manifestación de la debilitación de este vínculo transatlántico. Estas preguntas de investigación se responden a través de un detallado estudio de caso dividido en cuatro secciones enfocadas en los tres actores concernientes: Estados Unidos, la Unión Europea, y la Organización del Tratado del Atlántico Norte. Por último, se exponen las implicaciones que esta intervención en Libia tuvo para las distintas partes componentes del vínculo transatlántico y para este mismo. Este Trabajo concluye que la intervención europea en Libia menoscabó la relación entre estas dos superpotencias.

Palabras claves: guerra civil Libia, Estados Unidos, Unión Europea, seguridad, vínculo transatlántico.

Abstract

Since the end of World War II, the transatlantic link has been one of the most important bilateral relationships in the global order. As it is composed of the major economic and political powers, their liaison affects the overall functioning of the international community. The 2011 Libyan civil war, aside from constituting a serious event of the Arab Spring, was a turning point for this relationship due to how the international intervention unfolded. In particular, by cause of how the European allies performed in the operation.

The hypothesis suggested, and the object of this study, is whether the European intervention in the Libyan armed conflict deteriorated the transatlantic relationship between the United States and the Member States of the European Union. To this end, a series of research questions are introduced concerning U.S President Obama's initial suspicion of involvement in the civil war, the European response to this crisis, and the application of its foreign policy mechanisms. Finally, it considers whether the new American leadership strategy - *leading from behind* - is an expression of the weakening of this transatlantic link. These research questions are answered through a detailed case study divided into four sections focusing on the three actors involved: the United States, the European Union, and the North Atlantic Treaty Organization. Lastly, this thesis presents the consequences and implications that the Libyan intervention had on the different parties of the transatlantic link and for this relationship itself. This paper concludes that the European intervention in Libya undermined the relationship between these two superpowers.

Key words: Libyan civil war, United States, European Union, security, transatlantic link.

Siglas & Acrónimos

CNT	Consejo Nacional de Transición
EE.UU	Estados Unidos de América
OCAH	Oficina de Coordinación de Asuntos Humanitarios de las Naciones Unidas
ONU	Organización de las Naciones Unidas
OTAN	Organización del Tratado del Atlántico Norte
PCSD	Política Común de Seguridad y Defensa
PESC	Política Exterior y de Seguridad Común
SEAE	Servicio Europeo de Acción Exterior
UE	Unión Europea

ÍNDICE

Introducción.....	5
I. Finalidad y Motivos.....	7
1.1.Finalidad.....	7
1.2.Motivos.....	8
II. Hipótesis.....	8
III. Estado de la cuestión.....	9
3.1.El pivote asiático y sus consecuencias en la intervención en Libia.....	9
3.2.Libia después de la intervención internacional en 2011.....	10
IV. Marco teórico.....	12
4.1.Organización internacional.....	12
4.1.1. OTAN.....	12
4.1.2. UE.....	12
4.2.Vínculo transatlántico.....	13
4.3.Responsabilidad de proteger.....	14
Estudio del caso.....	16
1. La guerra de Libia.....	16
2. La reticencia de Estados Unidos.....	20
2.1. Factores domésticos.....	20
2.2. La oposición.....	22
2.3. No era una amenaza directa.....	23
2.4. Crítica a los <i>free riders</i>	24
3. La intervención estadounidense.....	27
4. La respuesta europea al conflicto libio.....	28
4.1. La política exterior de la UE.....	28
4.2. Por qué la UE quería involucrarse.....	29
4.3. Divisiones internas en la UE.....	30
4.3.1. La alianza franco-británica y la Alemania que se abstiene.....	31
4.3.2. Los países mediterráneos.....	33
4.4. Fracaso de EUFOR Libia.....	34
4.5. Respuesta de los líderes europeos.....	35
5. La respuesta de la OTAN a la crisis de Libia.....	37
5.1. La estrategia de Obama.....	37
5.2. Una OTAN liderada por Europa.....	39
5.2.1. Los socios europeos asumen el mando.....	39
5.2.2. Las deficiencias de la Operación Protector Unificado.....	41
5.2.3. La UE como agente humanitario.....	42
5.3. El ejercicio del principio de Responsabilidad de proteger.....	43
6. Consecuencias de Libia para el vínculo transatlántico.....	46
6.1. Seguridad y defensa de la UE.....	46
6.2. Autonomía estratégica.....	47
7. Conclusiones.....	50
8. Bibliografía.....	53

Introducción

El conflicto armado en Libia en 2011 generó una serie de consecuencias para, no solo este país, cuyo final de la guerra civil dejó las condiciones necesarias para que constituya un estado fallido, si no también para la comunidad internacional. Cuestiones sobre si actores internacionales deberían de intervenir en esta crisis interna dieron lugar a serios debates sobre el ejercicio del principio de la responsabilidad de proteger que, finalmente, fue aplicado. Sin embargo, la contemplación de una intervención internacional y el modo de ejecución de esta causó controversia entre las potencias involucradas, mayoritariamente entre las partes concernidas del vínculo transatlántico. Esta relación bilateral ha sido uno de los pilares del orden liberal internacional desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Su importancia en la política y economía global es incuestionable. Por tanto, cualquier disrupción en este vínculo tendrá una serie de consecuencias sobre el conjunto de la comunidad internacional, lo que le hace un interesante y relevante objeto de estudio.

La intervención en Libia fue un importante punto en la historia del vínculo transatlántico ya que supuso la primera vez que Estados Unidos daría un paso atrás a la hora de encabezar una operación militar, encomendando de esta forma el liderazgo a los aliados europeos. Sin embargo, los acontecimientos que ocurrieron previa y posteriormente a este suceso revelan que esta nueva manera de efectuar una misión fue objeto de numerosos debates. La Administración de Obama, los dirigentes de un país que estaba poco afectado por la situación desarrollada en Libia, estaba dividida en cuanto a su involucración en el conflicto. Por otro lado, la Unión Europea, dada su proximidad y sus intereses en este país, abogaba por una intervención internacional. No obstante, la UE colectivamente y sus Estados miembros individualmente han requerido siempre de EE.UU para su seguridad y defensa, y el caso de Libia no es ninguna excepción. Este Trabajo de Fin de Máster, por tanto, plantea la hipótesis de que la intervención europea en Libia deterioró el vínculo transatlántico entre Estados Unidos y los Estados miembros de la Unión Europea. Para poder afirmar o negar tal supuesto, se propondrán una serie de preguntas de investigación para poder abordar la cuestión. De este modo, este ensayo comenzará su estudio de caso presentando la posición adoptada por EE.UU en cuanto a la injerencia en Libia, mostrando la suspicacia inicial en esta y el motivo por el cual cambió de opinión. A continuación, se introducirá la posición europea, colectiva y particular de varios Estados miembros, sobre la respuesta a adoptar. Se exhibirá el funcionamiento de su política exterior aplicada al caso de Libia y las divisiones internas que surgieron sobre la actuación de

los aliados europeos. Después, se expondrá cómo fue la respuesta de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, símbolo institucional del vínculo transatlántico en seguridad y defensa. A través de un análisis de la estrategia de Obama adoptada en esta operación y las implicaciones que tuvo que los socios europeos lideren esta campaña, se observa que la falta de compromiso por parte de los europeos en esta organización ha repercutido sobre el desarrollo de la misión y, por consiguiente, sobre el vínculo transatlántico. Por último, se examinarán las consecuencias que tuvo la intervención en Libia sobre esta relación bilateral y en la prospección de una autonomía estratégica europea.

Finalmente, este Trabajo de Fin de Máster concluye que la hipótesis planteada en este estudio es veraz. La experiencia de la intervención europea en Libia demuestra que hubo una serie de insuficiencias en esta que exasperaron a Estados Unidos y reflejaron que los Estados miembros de la UE no estaban aún capacitados para responsabilizarse de su propia seguridad y la de su vecindad. Por este motivo, el papel de los europeos en el conflicto libio deterioró el vínculo transatlántico durante esta época.

I. Finalidad y Motivos

1.1. *Finalidad*

Este Trabajo de Fin de Máster persigue tres grandes objetivos:

En primer lugar, pretende analizar la intervención de la comunidad internacional en Libia presentando una comparación entre la respuesta estadounidense y la respuesta de la Unión Europea, particularmente de aquellos Estados miembros que pertenecen, de igual modo, a la Organización del Tratado del Atlántico Norte.

En segundo lugar, el trabajo busca mostrar cómo las operaciones que se llevaron a cabo en Libia exhibieron el comienzo de una nueva etapa para el vínculo transatlántico, donde EE.UU y los socios europeos desempeñarían roles inéditos.

Por último, examina como el caso del conflicto libio influyó en la relación transatlántica, mostrando así las consecuencias que tuvo entre los dos actores y ofreciendo un posible remedio para su fortalecimiento.

Todo esto se realizará aplicado a la hipótesis del ensayo planteada a continuación.

1.2. *Motivos*

La elección del objeto de investigación viene motivada por las siguientes razones:

El vínculo transatlántico es una de las relaciones bilaterales más importantes del mundo. Estados Unidos y la Unión Europea son las mayores potencias económicas, con un dominio del comercio mundial sin precedentes, y ocupando una privilegiada posición en el orden liberal internacional. Por tanto, dado el peso que tienen en la política global, es interesante analizar la dinámica entre estos dos grandes actores ya que su correspondencia afectará al funcionamiento general de la comunidad internacional.

En vista de esto, el caso de la guerra en Libia supone un llamativo periodo en la historia del vínculo transatlántico dado que fue uno de los momentos de menor interés del presidente Obama por la OTAN, la cual es la expresión institucional de la relación transatlántica en materia de seguridad y defensa. Esta intervención supuso un punto de inflexión ya que Estados Unidos decide, por primera vez, aplicar una nueva política de liderazgo basada en “dirigir desde atrás”, impulsando de ese modo a los aliados europeos a asumir el mando de las operaciones.

Cabe señalar que esta situación devino de una frustración precedente de las Administraciones estadounidenses con la falta de compromiso de los socios europeos con la OTAN y con su propia defensa. Por este motivo, se observa un escaso interés por parte de Washington por la

Unión Europea, cuyas capacidades de seguridad demostraron ser insuficientes en la intervención. No obstante, la UE, por ahora, requiere de Estados Unidos y la OTAN para su seguridad y defensa de modo que el hecho de que este fuese un punto bajo para el vínculo transatlántico alarma a esta organización. Es significativo, por tanto, explorar los recursos de la UE en este campo y considerar qué implicaría su autonomía estratégica.

Además, merece la pena examinar cómo, aunque los eventos que se desencadenaron en Libia no tenían un relevante interés estratégico para EE.UU, este país decidió involucrarse en el conflicto debido a su compromiso con la relación transatlántica, a pesar de haber padecido ya dos grandes guerras en otras naciones musulmanas.

El caso de la intervención en Libia, por tanto, presenta numerosas cuestiones significativas para el estudio del vínculo transatlántico.

II. Hipótesis

Este Trabajo de Fin de Máster tiene la intención de demostrar la hipótesis de que la intervención europea en el conflicto armado en Libia deterioró el vínculo transatlántico entre Estados Unidos y los Estados miembros de la Unión Europea.

Con ese fin, se plantean una serie de preguntas de investigación:

En primer lugar, ¿surgió la reticencia inicial de Obama por involucrarse en el conflicto debido a la frustración estadounidense con la falta de compromiso europeo en la seguridad de su vecindad a través de instituciones como la OTAN? ¿O provenía de otras cuestiones?

En segundo lugar, ¿en qué medida cumplía la respuesta europea a la crisis desarrollada en Libia con las expectativas esperadas de la comunidad internacional y de la propia Unión Europea?

En tercer lugar, ¿está la Unión, como institución supranacional, lo suficientemente desarrollada en política exterior y de seguridad para poder efectuar una respuesta efectiva al conflicto y ser un aliado capaz dentro de la operación?

Finalmente, ¿fue esta nueva forma de liderazgo estadounidense una expresión de la debilitación del vínculo transatlántico?

III. Estado de la cuestión

3.1. *El pivote asiático y sus consecuencias en la intervención en Libia*

El estudio de la intervención en Libia de la comunidad internacional es importante para explorar la visión estadounidense y europea de la OTAN como símbolo institucional de su interdependencia en materia de seguridad. El hecho de que Estados Unidos fuese al principio reticente a involucrarse en la operación, que cambiase de parecer, que la misión fuese traspasada al comando de la OTAN, y que adoptara una nueva forma de liderazgo, supuso, por consiguiente, una revisión del rol de la Unión Europea en este campo. Asimismo, se han manifestado las crecientes frustraciones de la Casa Blanca con los aliados europeos debido al “problema del polizón” expuesto en el compromiso a la organización militar. Este asunto ha sido motivo de tensión entre los actores de la relación trasatlántica. Aunque este vínculo entre las dos orillas del Atlántico ha supuesto una de las bases de la política exterior de EE.UU, con la administración de Obama los socios europeos dejaban de ser los aliados preferentes y exclusivos de este país. Con la aparición de nuevas potencias como los mercados emergentes, tales como Tailandia o India, en el orden internacional, este presidente presentó un viraje en su política extranjera, centrada ahora en la región de Asia-Pacífico dado su rápido incremento de poderío político y económico (Guinea Llorente, 2018, p.66). Este cambio de prioridad fue denominado como el *pivot to Asia*, el pivote asiático, un redespliegue en su agenda de las “viejas naciones hacia el mundo emergente”, término que abarca también la “reformulación y una actualización del liderazgo de Estados Unidos”, reequilibrando de esa forma sus preferencias globales (Bassets, 2012).

Este recalibramiento de sus prioridades incluía el uso de la fuerza militar. Al contrario de las administraciones pasadas, Obama se resistía a responder apresuradamente a conflictos lejanos a este país con tropas estadounidenses. Esto fue manifestado con el caso de Libia. La reformulación de su manera de dirigir a la comunidad internacional también fue exhibida en esta intervención. La política de *leading from behind* (“dirigir desde atrás”), que será posteriormente revisada y descrita, implicaba que los aliados europeos tomaran el mando de las operaciones en Libia, las cuales habían sido lideradas inicialmente por EE.UU. Esta actualización en su modo de intervenir provenía de dos razones. En primer lugar, muchos dirigentes de la Casa Blanca contemplaban este asunto como una cuestión principalmente europea, dada la proximidad geográfica de esta región y por los numerosos intereses que poseía la Unión con el país de Gadafi (Song, 2016, p.86). Por otro lado, EE.UU no tenía ningún interés

directo o estratégico con Libia, su único incentivo era apoyar a sus aliados europeos. El *leading from behind* manifestado en Libia, por tanto, supone la primera vez que los europeos “lideran” militarmente y Estados Unidos acompaña. En segundo lugar, el pivote asiático implicaba, como su nombre indica, un cambio en la política exterior donde la zona de Asia-Pacífico cobraba mayor importancia, llegando incluso a denominar a Obama como “el primer presidente del Pacífico” (Tovar Ruíz, 2013, p.224). Los círculos políticos y académicos de este periodo cuestionaron la relevancia de Europa para EE.UU con la aparición de las potencias emergentes en el sistema internacional. El *pivot to Asia* de Obama, por tanto, conlleva, no solo un reenfoque hacia esta región, sino también una reevaluación de su modo de liderazgo como fue exhibido en Libia.

Dicho lo anterior, el caso del conflicto libio es sumamente relevante para el análisis del vínculo transatlántico en materia de seguridad y defensa ya que Obama hizo lo que EE.UU había alertado que haría desde hacía muchos años: demandar a los miembros europeos de la OTAN que protejan ellos mismos sus intereses a través de sus propios medios (Robertson, 2011). Esto se ve reflejado en la política de “dirigir desde atrás” empleada en Libia una vez la OTAN asumió el mando de la operación. Asimismo, con la experiencia del comando de estos aliados europeos en Libia, los Estados miembros de la UE tienen que replantearse su incapacidad para proyectar fuerza a nivel militar (Song, 2016, p.100). De este modo, Libia puso de manifiesto como este caso debe servir como ejemplo para iniciar un debate más general sobre las opciones estratégicas de la Unión Europea.

3.2. *Libia después de la intervención internacional en 2011*

En lo que respecta al objetivo de la misión, proteger a los civiles de la violencia del régimen de Gadafi, la intervención militar supuso un éxito. Sin embargo, en una entrevista con el periodista Chris Wallace, Obama calificó la involucración en Libia como el “peor error” de su presidencia (Rhodan, 2016). Este jefe de estado prosiguió afirmando que el fallo fue no haber planeado “el día de después” porque, aunque la operación se preparó meticulosamente, el país “sigue siendo un desastre” (Rhodan, 2016; Goldberg, 2016). Criticó a sus aliados europeos ya que esperaba que, dada la proximidad de estos a la región, se hubieran implicado más en el seguimiento del postconflicto (Goldberg, 2016). Sin embargo, no sólo Libia no se ha dirigido hacia una democracia, si no que se ha convertido en un Estado fallido. Las muertes violentas y otras violaciones de los derechos humanos se han multiplicado desde la caída del régimen (Ghotme y Ripoll, 2018). Es necesario recalcar que, durante la última década del mandato de

Gadafi, este gobierno ayudó a combatir el terrorismo. No obstante, Libia sirve ahora como refugio para las milicias afiliadas tanto a Al Qaeda como al Daesh (Kuperman, 2015).

Estos numerosos grupos islamistas radicales que Gadafi reprimió en su momento resurgieron bajo la cobertura aérea de la OTAN y fueron suministrados con armas por países simpatizantes como Qatar (Kuperman, 2015). Estas organizaciones, sin embargo, se negaron a desarmarse tras la caída de Gadafi, lo cual fomentó violentas batallas territoriales entre tribus y comandantes rivales que desgraciadamente continúan en el presente (Kuperman, 2015). No obstante, aunque la esperanza en Libia alcanzó su apogeo en julio de 2012 cuando se realizaron unas elecciones democráticas que llevaron al poder a un gobierno de coalición moderado y secular, este país no tardó en volver a caer en un desgobierno (Kuperman, 2015). Asimismo, pese a la reprobable situación de los derechos humanos en Libia durante el régimen de Gadafi, esta ha empeorado desde el final de la intervención de la OTAN. Inmediatamente después de la toma de poder, los rebeldes y las milicias perpetraron decenas de homicidios ilegítimos, desapariciones forzadas, además de acometer torturas y detenciones arbitrarias (Amnistía Internacional, 2021). Libia está, por tanto, inmersa en un caos y plagada de impunidad por crímenes de guerra perpetrados por grupos armados rivales (Amnistía Internacional, 2021). En suma, Libia es un estado fallido.

De este modo, Libia introdujo la “manera europea de hacer la guerra” (Song, 2016, p.100). Sin embargo, en vista de lo observado, esta no cumplió con las expectativas deseadas. La administración de Obama estaba decidida a evitar mencionar cualquier indicio de reconstrucción del país en Libia, particularmente si eso requería el enviar tropas estadounidenses (Tierney, 2016). A pesar de que este presidente fue elegido bajo una plataforma de “no más Iraqs”, la intervención en Libia supuso la tercera vez en una década que Washington apoyaba un cambio de régimen y luego fracasaba en planear una reconstrucción posbélica (Tierney, 2016). Obama ha culpado de este calvario en Libia al tribalismo de esta sociedad así como a la incapacidad de los aliados europeos de la OTAN de dar un paso al frente (Goldberg, 2016). Los Estados miembros de la UE involucrados en la crisis fallaron al no implicarse una vez se concluyó la Operación Protector Unificado, dejando así un vacío de poder que las milicias buscaban ocupar y creando un refugio para los afiliados a los grupos terroristas. Como expuso un enviado especial del gobierno británico: los esfuerzos internacionales para resolver la crisis en Libia tras el derrocamiento de Gadafi deben forjar un acuerdo entre las

partes enfrentadas para evitar que este país se convierta en una “Somalia en el Mediterráneo” (Black, 2015). En Libia, por tanto, se ganó la guerra y se perdió la paz.

IV. Marco teórico

4.1. Las Organizaciones Internacionales

Una organización internacional es una institución que cuenta con miembros de al menos tres Estados, que tiene actividades en varios de estos, y cuyos asociados están unidos por un acuerdo formal (Mingst, n.f.). El tamaño de las organizaciones internacionales puede oscilar entre tres miembros y más de 185, como por ejemplo las Naciones Unidas. Además, su representación geográfica puede variar desde una región del mundo, así como la Unión Europea, a todas las regiones, por ejemplo el Fondo Monetario Internacional. Asimismo, mientras que algunas organizaciones internacionales están diseñadas para lograr un único propósito, como la Organización Mundial de la Propiedad Intelectual, otras se han desarrollado para realizar múltiples tareas, como la ONU (Mingst, n.f.).

4.1.1. Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN)

La Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) fue fundada en 1949 con la firma del Tratado de Washington entre diez países de ambos lados del Océano Atlántico, comprometiéndose así a “defenderse mutuamente en caso de agresión armada contra cualquiera de ellos” (Representación de España en la OTAN, n.f.). La OTAN, por tanto, ligaba la defensa de Norteamérica con la de un grupo de países de Europa Occidental en aras del artículo 51 (Capítulo VII) de la Carta de las Naciones Unidas, que contempla el derecho de legítima defensa en vista de un ataque armado (Representación de España en la OTAN, n.f.). De este modo, la OTAN es una alianza militar intergubernamental actualmente compuesta por 29 Estados.

4.1.2. Unión Europea (UE)

La Unión Europea (UE) es una organización internacional de integración que tiene las competencias que le confieren sus Estados miembros. Se fundó tras la Segunda Guerra Mundial en un (exitoso) intento de traer la paz al continente europeo a través de la interdependencia económica entre seis países. Desde entonces, se adhirieron 22 naciones más, incluyendo el Reino Unido quien se fue de la UE en 2020, creándose así un enorme mercado único (mercado “interior”) (Dirección General de Comunicación, 2020). No obstante, lo que comenzó como

una unión puramente económica ha evolucionado hasta convertirse en una organización internacional que abarca muchos ámbitos, desde el medio ambiente hasta la justicia y la migración.

4.2. *El vínculo transatlántico*

El vínculo transatlántico o la relación transatlántica hacen alusión a la correspondencia entre Estados Unidos y la Unión Europea. Esta unión política y económica entre las dos orillas del Océano Atlántico (de ahí que sea referida como “relación transatlántica”) norte, ha sido una de las bases y de las prioridades de la política exterior de EE.UU desde 1945, que se conserva al final de la Guerra Fría, y uno de los fundamentos del orden liberal internacional (Guinea Llorente, 2018, p.63). El vínculo transatlántico es la relación más completa del mundo debido a sus valores compartidos e intereses comunes y su disposición por impulsarlos a escala global (Brittan, 1995, p.101). Su interdependencia en seguridad está exhibida institucionalmente con la OTAN, mientras que el Atlántico ha sido el mayor centro de intercambios comerciales y económicos del mundo (Guinea Llorente, 2018, p.63). De modo que hay numerosos intereses compartidos en materia de seguridad y de cooperación económica que han hecho que la relación transatlántica florezca.

No obstante, con el fin de la Guerra Fría las relaciones entre EE.UU y la UE dieron un giro hacia un territorio insólito ya que, hasta ese momento, la amenaza soviética había actuado como el “pegamento” y el “motor” de este vínculo (Brittan, 1995, p.101). Esta moldeó la colaboración en política exterior y de defensa (justificando, por ejemplo, el rol de EE.UU en Europa), además de en el ámbito no militar (Brittan, 1995, p.101). Fue un elemento crucial también en la integración europea de la posguerra así como en la instauración de organismos de cooperación como es la OTAN. En cuanto a su relación bilateral comercial, EE.UU fue el principal destino de las exportaciones de la UE en 2019, atrayendo el 18% de las exportaciones totales de bienes. Además, EE.UU es el segundo socio de importación de la UE y su principal asociado en el comercio internacional de servicios (Turunen y Peijnenburg, 2020).

Con la presidencia de Obama, se manifiesta una disminución en la relevancia de Europa para Estados Unidos representado a través del pivote asiático. Esto fue avivado por la reducción del interés estratégico en el continente y en vista de la crisis económica que amenazaba con simbolizar el declive de Europa (Tovar Ruiz, 2013, p.219). No obstante, se consideró a la

Primavera Árabe como un potencial momento de acercamiento entre las partes del vínculo transatlántico que se manifestaría con la intervención en Libia (Tovar Ruiz, 2013, p.226). Sin embargo, los desacuerdos durante el conflicto cuestionarían tal suposición. A pesar de esto, Estados Unidos, en su estrategia de seguridad nacional de 2012 donde proyecta sus prioridades para el siglo XXI, afirma que Europa es su “principal socio en la búsqueda de la seguridad global y económica, y lo seguirá siendo en el futuro próximo” (Casa Blanca, 2012, p.2-3). La disminución de su involucración militar en Europa fue justificada bajo pretexto de que la mayoría de los Estados europeos son ahora “productores de seguridad” en lugar de consumidores, lo que le ha proporcionado a Washington una oportunidad estratégica para reequilibrar la inversión militar estadounidense para este continente (Casa Blanca, 2012, p.3).

4.3. *La Responsabilidad de Proteger*

La intervención en Libia fue justificada en aras de la “Responsabilidad de Proteger”, principio internacional conocido anteriormente como intervención humanitaria. La primera referencia que tenemos en el Derecho Internacional sobre esta doctrina la encontramos en 2001, con la publicación del *Informe de la Comisión Internacional sobre Intervención y Soberanía de los Estados*. Surge, mayoritariamente, ante la incapacidad del Consejo de Seguridad de la ONU de actuar en sucesos de gran trascendencia como el genocidio de Ruanda (Bermejo García y López-Jacoiste Díaz, 2013, p.21).

En el informe anteriormente citado, titulado “La Responsabilidad de Proteger”, se recogen los dos principios básicos que engloban esta doctrina:

- A.) *La soberanía de un Estado conlleva responsabilidades e incumbe al propio Estado la responsabilidad principal de proteger a su población.*
- B.) *Cuando la población esté sufriendo graves daños como resultado de una guerra civil, una insurrección, la represión ejercida por el Estado o el colapso de sus estructuras, y ese Estado no quiera o no pueda atajar o evitar dichos sufrimientos, la responsabilidad internacional de proteger tendrá prioridad sobre el principio de no intervención.* (Comisión Internacional sobre Intervención y Soberanía de los Estados, 2001, Sinopsis).

Su fundamento, como principio superior de la comunidad internacional, reside en: las obligaciones relacionadas con el concepto de soberanía, en el artículo 24 de la Carta de las Naciones Unidas que adjudica al Consejo de Seguridad la “responsabilidad de mantener la paz

y la seguridad”, en las “obligaciones jurídicas específicas [...] a los derechos humanos y la protección humana, así como en el derecho internacional humanitario”, y la práctica de los Estados y las organizaciones internacionales (Comisión Internacional sobre Intervención y Soberanía de los Estados, 2001, Sinopsis).

Asimismo, durante la Cumbre Mundial de 2005 donde los dirigentes mundiales se reunieron en la Asamblea General de las Naciones Unidas, se aprobó el principio de la responsabilidad de proteger. De este modo, se estableció la aceptación de “todos los gobiernos de la responsabilidad colectiva internacional de proteger a las poblaciones del genocidio, los crímenes de guerra, la depuración étnica y los crímenes de lesa humanidad” bajo la resolución A/RES/60/1 (Departamento de Información Pública de las Naciones Unidas, 2005). Además, se autoriza el uso de medidas no pacíficas si así lo ve conveniente el Consejo de Seguridad y de conformidad con la Carta (A/RES/60/1, 2005, p.33).

Así pues, se puede apreciar cómo el principio de la responsabilidad de proteger prima sobre el principio de no intervención. Por tanto, la prerrogativa de la soberanía es condicional: si un Estado no es capaz o no quiere garantizar la seguridad de sus ciudadanos, la responsabilidad debe recaer, por consiguiente, en la comunidad internacional quien, bajo ciertas condiciones, puede injerirse en los asuntos internos para hacer frente a las graves violaciones de los derechos humanos (Carati, 2017, p.293). Igualmente, esta intervención internacional en aplicación de la doctrina de la responsabilidad de proteger debe estar consentida por el Consejo de Seguridad y se entiende que se podría recurrir al uso de la fuerza.

Estudio del caso

1. La guerra de Libia

A finales del año 2010, la muerte del vendedor ambulante Mohamed Bouazizi en Túnez desencadenó una irrupción sin precedente de protestas populares en Oriente Medio y el Norte de África. Este fenómeno, que ocurrió en 2011, fue denominado la “Primavera Árabe”. Las manifestaciones que se iniciaron en Túnez se extendieron a Egipto, Libia, Yemen, Bahrein y Siria y buscaban el derrocamiento de sus líderes autoritarios con el fin de instituir reformas políticas y de justicia social (Amnistía Internacional, s.f.).



Figura I. Mapa de Libia. Fuente: atlasescolar.com

El 15 de febrero de 2011 comenzaron una serie de protestas organizadas en la ciudad de Bengasi, que se expandieron al resto del país, en contra del régimen del coronel Muamar al Gadafi, el cual se hizo con el poder tras un golpe de estado. Estas manifestaciones bajo el lema “Revuelta del 17 de febrero: Día de la ira en Libia”, por el que la ciudadanía libia exigía democracia y un Estado de Derecho, se acabaron convirtiendo en una rebelión armada en el que tuvo que intervenir militarmente la comunidad internacional (Amnistía Internacional, s.f.; López-Jacoiste Díaz, 2011, p.111). El entonces Secretario General de las Naciones Unidas (ONU), Ban Ki-moon, declaró que los levantamientos que se estaban llevando a cabo en este país eran resultado de las “aspiraciones legítimas del pueblo libio de libertad, democracia, [y] respeto por los derechos humanos” (Cuadro, 2018, p.138). Sin embargo, el gobierno de Gadafi respondió con un uso excesivo de la fuerza a estas peticiones. Las movilizaciones, por tanto, fueron aumentando en número y dimensión por toda Libia, pero fueron frenadas fuerte y

violentamente por el régimen. Dados estos ataques por parte de los cuerpos de seguridad del Estado contra la población civil por manifestarse, la Alta Comisionada para los Derechos Humanos de la ONU, Navanethem Pillay, denunció públicamente al gobierno libio y recalcó que aquellas acciones podían calificarse como crímenes contra la humanidad (López-Jacoiste Díaz, 2011, p.112). Además, el 22 de febrero, la Liga Árabe, la Organización para la Cooperación Islámica, y la Unión Africana anularon la participación de Libia en sus organizaciones (Añaños Meza, 2013, p.30). Poco después, los rebeldes, teniendo el control del este de Libia y de los yacimientos petrolíferos más importantes para esta nación, crearon el Consejo Nacional de Transición (CNT) en Bengasi. Este se estableció como el gobierno *de facto* paralelo al régimen (Añaños Meza, 2013, p.30). La crisis interna que se estaba desarrollando en Libia, fomentada por la Primavera Árabe, terminó convirtiéndose en una guerra civil entre los cuerpos de seguridad del Estado, los cuales eran leales a Gadafi, y los rebeldes, los manifestantes y aquellos contrarios al régimen. Esto produjo un gran número de muertos, detenidos, y desplazados (López-Jacoiste Díaz, 2011, p.112). Ante esta situación que no hacía más que agravarse, Ban Ki-moon invocó el principio de “responsabilidad de proteger”. Con estos antecedentes, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas recurrió al capítulo VII de la Carta. El 26 de febrero, bajo el amparo de este capítulo, con la resolución 1970 impuso sanciones no militares a Libia. Más adelante, el 17 de marzo, el Consejo extendió y aumentó sus sanciones, aprobando la resolución 1973 con la que aplicaba sanciones militares y, por tanto, autorizaba el uso de la fuerza.

La resolución 1970 imponía sanciones no militares, las cuales estaban principalmente orientadas contra el gobierno libio. De este modo, el Consejo exige que se ponga fin a la violencia y llama a las autoridades libias a que cesen de transgredir los derechos humanos y que establezcan medidas humanitarias. Instituye además un embargo de armas en el país, prohíbe viajar a ciertos miembros y allegados del régimen, remite el caso a la Corte Penal Internacional, y lleva a cabo el congelamiento de activos entre otras disposiciones. La resolución también recuerda al gobierno libio que tiene la responsabilidad de proteger a su población (S/RES/1970, 2011). Por lo cual, el Consejo asocia la violación de los derechos humanos con la vulneración de la responsabilidad de proteger; de ahí que pueda relacionarlo con el artículo 39¹ de la Carta y, por consiguiente, pueda invocar las sanciones dispuestas en el

¹ Artículo 39, Capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas: Determinación de la existencia de toda amenaza a la paz, quebrantamiento de la paz o acto de agresión.

artículo 41² (Añaños Meza, 2013, p.33). No obstante, a mediados de marzo, el Consejo de Seguridad intensifica su punición por lo que aprueba la resolución 1973 que introduce sanciones de carácter militar. Esta decisión de este órgano de la ONU demanda un alto el fuego, la búsqueda de una solución a la crisis que satisfaga las exigencias legítimas de la población libia y una zona de exclusión aérea (S/RES/1973, 2011, p.3). Además, establece una cláusula operativa donde autoriza a los Estados miembros a que puedan adoptar ‘todas las medidas necesarias’ para proteger a los civiles y las áreas pobladas por civiles. Asimismo, para cumplir con la disposición con respecto a la zona de prohibición de vuelos, también se incluye el consentimiento del Consejo para el uso de la fuerza. Esta autorización de intervención está resguardada por la doctrina de responsabilidad de proteger. De este modo, se da comienzo a un conflicto armado internacional que busca llevar a cabo este mandato de protección a través de la exclusión aérea. La operación ‘Odisea del Amanecer’, formada por las fuerzas de Estados Unidos, que la lideraba, Francia y Reino Unido, con apoyo y la participación activa de otros países, buscaba eliminar las defensas antiaéreas libias que amenazaban la capital rebelde de Bengasi (López-Jacoiste Díaz, 2011, p.113). El 31 de marzo, el mando de esta misión fue asumido por la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), dirigida por Francia y el Reino Unido, que pasó a llamarse Operación *Protector Unificado*. Dada su naturaleza militar, la OTAN estaba relativamente bien posicionada para dirigir las misiones en Libia. La portavoz de la organización, Oana Lungescu, hablando por el entonces Secretario General, proclamó que la Alianza cuenta con los medios necesarios para llevar a cabo las tareas encomendadas en el marco de la Operación Protector Unificado. Estas se refieren a: el embargo de armas, la zona de prohibición aérea y las acciones para proteger a la población civil, las cuales están en consonancia con el mandato de la resolución 1973 (Lungescu, 2011).

En abril, Bengasi era relativamente estable, pero otras ciudades controladas por la oposición seguían sitiadas por las fuerzas de Gadafi (Wester, 2020, p.219). No obstante, los ataques aéreos de la OTAN ayudan a los rebeldes a poder avanzar, lo que les permite ir ganando paulatinamente control del terreno. Trípoli, la capital de Libia, hasta mediados de agosto era una ciudad leal al régimen. Sin embargo, el 22 de agosto fue levantada por los rebeldes, los cuales ocuparon el Palacio de Gobierno, lo que obligó a huir a Gadafi (López-Jacoiste, 2011, p.113). Dos meses más tarde, el coronel Muamar al Gadafi es interceptado y emboscado cuando

² Artículo 41, Capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas: Medidas que no impliquen el uso de la fuerza armada.

huía de Sirte, su ciudad natal y última defensa (La Vanguardia, 20 octubre 2011). Los combatientes libios contrarios al régimen capturaron y ejecutaron a Gadafi. A los tres días, el presidente del Consejo Nacional de Transición declaró oficialmente la “liberación” de Libia (Wester, 2020, p.222). Por consiguiente, el Consejo de Seguridad dio por finalizada la autorización para el uso de la fuerza como había quedado estipulado en la resolución 1973, terminando así la operación Protector Unificado de la Alianza del Atlántico Norte (Añaños Meza, 2013, p.32). No obstante, la decisión de poner fin a la misión justo después de la muerte de Gadafi sin tener ya ideado un plan de reconstrucción posbélica, este problema de cortoplacismo generó una gran inestabilidad en este país. Además, el nuevo gobierno que había sido promocionado por Occidente, el CNT, no pudo satisfacer las aspiraciones socioeconómicas y políticas que en su momento suscitaron el levantamiento libio. Al contrario, canalizó el descontento social hacia una lucha entre facciones, produciendo de ese modo mayores divisiones entre la ciudadanía. Por tanto, la guerra civil y la intervención cortoplacista de la OTAN exacerbaron estas divisiones sociales en Libia, provocando el empobrecimiento de amplias franjas de la población, dando lugar a violaciones de los derechos humanos y causando una crisis de desplazamientos sin precedentes (Pradella y Taghdisi Rad, 2017, p.2422). Esto ha llevado a que, a día de hoy, Libia posea todas las características para ser considerado un estado fallido. Desde el principio del conflicto armado, la crisis en Libia ha generado más de 1,1 millones de personas desplazadas y más de 10.000 muertos, aunque este número de bajas oscila según de donde provenga la información (López-Jacoiste, 2011, p.109 y 115).

2. La reticencia de Estados Unidos: ¿Por qué el presidente Obama no quería involucrarse?

La intervención en Libia es un estudio de caso importante para analizar y explorar cómo el entonces presidente de EE.UU., Barack Obama, contemplaba las relaciones entre este país y la Unión Europea a través de la OTAN. Todo esto además en el contexto de presiones económicas y de una política exterior orientada hacia el Pacífico. Es por eso por lo que es necesario y relevante examinar aquellas razones por las que Washington D.C. dudaba al principio en intervenir en esta crisis, lo cual hubiera repercutido negativamente en el vínculo transatlántico. Estas pueden ser caracterizadas de tres maneras: factores a nivel doméstico, el hecho de que Libia fuera vista como un proyecto europeo (*'Europe's backyard'*³), y las críticas estadounidenses hacia los europeos por su falta de responsabilización en su propia defensa (*'free riders'*).

2.1. Factores domésticos

Durante el mes de febrero de 2011, Obama inició una serie de debates dentro de la Casa Blanca sobre cómo manejar la crisis de Libia. Sin embargo, sus asesores en seguridad nacional estaban divididos en dos campos opuestos: aquellos que abogaban por la intervención de Estados Unidos en el conflicto libio, y aquellos que se oponían a tal acción. Este segundo grupo de escépticos lo componían los consejeros de alto nivel del Pentágono y la Casa Blanca, quienes dudaban en realizar otra intervención militar dada la continuada presencia estadounidense en Afganistán e Iraq (Blomdahl, 2016, p.147). En este bando estaba Robert Gates, el secretario de Defensa de EE.UU en esta época, responsable de la gestión de la burocracia del Pentágono así como la de los militares, el escéptico más notorio sobre la propuesta de la zona de exclusión aérea en Libia. Gates apuntó también a la realidad económica de su país después de las guerras en Iraq y Afganistán, el cual no podía permitirse entrar en otro conflicto armado. Estas preocupaciones fueron compartidas por el Almirante Michael Mullen, el entonces presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor (Blomdahl, 2016, p.148). La persona en este cargo actúa como el asesor militar personal del presidente de EE.UU, siendo el mayor representante de las fuerzas armadas. Por lo cual, es de esperar que el secretario de Defensa, Gates, y Mullen

³ “El patio trasero de Europa”. Proviene del concepto “el patio trasero de Estados Unidos” (*America's backyard*) utilizado en el ámbito de las ciencias políticas y las relaciones internacionales para apuntar a la esfera de influencia de este país, particularmente refiriéndose a Sudamérica.

compartan preferencias semejantes dado que se enfrentan a presiones parecidas dentro del Departamento de Defensa. Estos dos actores, influyentes y representativos del círculo estadounidense militar, junto a muchos otros asesores de la Administración pedían a Obama cautela en cuanto a su decisión de si intervenir en Libia. Otra figura importante, y extremadamente relevante hoy en día, que estaba en contra de una injerencia estadounidense en este país era Joe Biden, el vicepresidente durante el mandato de Obama. Biden también cuestionaba el llevar a cabo otro compromiso militar dada la sobrecarga de las fuerzas estadounidenses. Por este motivo, pensaba que la participación en Libia sería desacertada y políticamente solo supondría un inconveniente (Blomdahl, 2016, p.148).

Mientras que un sector significativo de la Administración solicitaba precaución en cuanto a la decisión sobre la intervención, el otro campo defendía la participación de EE.UU. En esta facción se encontraban la Secretaria de Estado, Hillary Clinton, y la embajadora de EE.UU ante las Naciones Unidas, Susan Rice, además de Samantha Power, Ben Rhodes, y Antony Blinken, siendo este último el consejero del vicepresidente Biden en seguridad nacional. Todos estos personajes influyentes en el ámbito de la seguridad nacional estadounidense abogaban fuertemente por proteger Bengasi, y prevalecieron (Goldberg, 2016). En primer lugar, buscaban respaldar los bombardeos de la coalición franco-británica para prevenir lo que se imaginaba que sería y, que al final no llegó a tales extremos, un genocidio por parte de Gadafi contra sus objetores. Después, querían que EE.UU otorgase un soporte sustancial a las misiones de la OTAN contra las fuerzas del régimen (Guinea Llorente, 2018, p.66). Sin embargo, esta división entre los miembros del Consejo de Seguridad Nacional dificultaba al presidente Obama a tomar una decisión con respecto a la intervención de EE.UU en Libia. No obstante, al final, Obama se puso del lado de Hillary Clinton y de aquellos partidarios de la acción militar, rehusando pues las objeciones de Robert Gates y otros mandamases del Departamento de Defensa. El líder de la Casa Blanca dio instrucciones a Susan Rice para que obtuviese una resolución que diese amplia autoridad para usar la fuerza contra el ejército de Gadafi (Paquin, Massie y Beauregard, 2017, p.192). Sin embargo, hasta llegar a esta situación a mediados de marzo, una de las razones por las que el presidente Obama estaba indeciso en cuanto a la participación militar estadounidense en el conflicto era a causa de esta discordia dentro del Consejo de Seguridad Nacional. La falta de consenso dentro de la Administración complicaba la perspectiva de intervención.

Otro factor doméstico de especial relevancia que demuestra por qué Estados Unidos tenía dudas en participar en el conflicto libio es la falta de apoyo público que había para la intervención. Esta escasa aprobación ciudadana puede ser entendida bajo el contexto de las secuelas de la crisis financiera y, en particular, por las guerras de Iraq y Afganistán (Song, 2016, p.86). Había una generalizada fatiga nacional por las intervenciones. Mientras la Administración de Obama negociaba con sus aliados Occidentales el traspaso del mando de la campaña en Libia a la OTAN, la empresa Gallup y el USA Today realizaron un sondeo para determinar la opinión pública en esta materia. Los datos recogidos revelaron que, la mayoría, es decir el 36% de los encuestados, favorecía un papel menor para EE.UU y el 22% manifestó que creían que el país debería retirarse por completo del conflicto. De igual modo, solo el 10% de los estadounidenses pensaban que Obama debería de asumir el liderazgo en la campaña militar multinacional en Libia (Saad, 2011). Por tanto, la estrategia adoptada por Washington D.C. donde este adquiriría un papel de apoyo moderado podría obtener un amplio respaldo público para este compromiso militar (Saad, 2011). Además, dado que Obama hizo campaña a favor de poner fin a la guerra de Iraq, empezar otro conflicto armado en un país musulmán sería políticamente arriesgado (Song, 2016, p.85). Si hubiese asumido una posición de liderazgo más pronunciado se habría enfrentado a mayores objeciones. De modo que, el bajo apoyo público por una intervención en Libia, dada la fatiga nacional por Iraq y Afganistán dentro de unas circunstancias económicas subóptimas, muestra una de las razones por las que la Administración tuvo cautela a la hora de decidir involucrarse.

2.2. La oposición: ¿qué decían los republicanos?

Con la Casa Blanca y la opinión pública dividida en cuanto a la intervención estadounidense en Libia, los republicanos, el partido de la oposición en su momento en EE.UU, reclamaban que tal acción sería inconstitucional si Barack Obama no conseguía la aprobación del Congreso. Esto se debe a que, una vez aprobada la resolución 1973 de las Naciones Unidas, el presidente Obama debía consultar al Congreso estadounidense para intervenir, ya que una declaración de guerra requiere, según lo establece la Constitución de este país, la autorización de esta institución. No obstante, el jefe de estado no informó o discutió su decisión con el Congreso, lo cual provocó una fuerte reacción por parte de los republicanos, pero también de los demócratas, quienes veían desfavorable este acto. El congresista Roscoe Bartlett, republicano del comité de servicios armados de la Cámara de Representantes, declaró, manifestando lo que muchos otros miembros del partido pensaban, que la decisión unilateral

de Obama de utilizar la fuerza militar estadounidense en Libia es una afrenta a la Constitución (MacAskill, 2011). Por otra parte, otros republicanos como el senador John McCain expresaron su apoyo a la intervención pero criticaron al presidente por haber actuado demasiado tarde sugiriendo que hubiera sido más efectivo haber desplegado a las fuerzas antes (Drucker, 2011). Asimismo, el portavoz de los republicanos de la cámara baja del Congreso, John Boehner, emitió una declaración donde remarcó el dilema al que se enfrentaba el partido republicano. El comunicado se dirigía principalmente a criticar la falta de consulta por parte del presidente Obama, pero, también expresó su apoyo a la intervención (MacAskill, 2011). Por tanto, la clara división que había entre miembros del partido republicano sobre el rol de EE.UU frente al conflicto libio era encubierto bajo el pretexto de la ausencia de aprobación congressional.

Dicho lo anterior, el presidente Obama respondió con una carta a esta inquietud del Congreso detallando el razonamiento detrás de sus acciones y enfatizando cómo la intervención estadounidense sería una operación militar limitada realizada como parte de una coalición (MacAskill, 2011). Se refugió bajo el mandato constitucional que le otorga la autoridad para dirigir las relaciones exteriores de EE.UU y estableciéndole como comandante en jefe de las fuerzas armadas. De este modo, Obama recurrió a las Naciones Unidas y a la OTAN para obtener el apoyo legal para la intervención en lugar de apelar a la legitimidad congressional. Se debe añadir también que si el presidente no hubiese intervenido, los republicanos le hubieran criticado fuertemente por dejar que se produjera una masacre en Bengasi (MacAskill, 2011). A nivel doméstico, la intervención en Libia por tanto planteaba varias cuestiones a considerar.

2.3. No era una amenaza directa para EE.UU: Europe's backyard

El conflicto que se daba lugar en Libia no era una amenaza directa para Estados Unidos. No suponía ninguna amenaza para el pueblo estadounidense, ni estaba ocurriendo en el “patio trasero de América”, ni tampoco les era de un interés estratégico vital en materia de energía o gas (Song, 2016, p. 86). Sin embargo, sí que lo era para la Unión Europea como se discutirá posteriormente. Estados Unidos, por tanto, no tenía por qué intervenir ya que no suponía un incidente significativo para sus intereses de seguridad. Esta falta de importancia estratégica junto con el miedo dentro de la Administración de repetir los eventos de Iraq y Afganistán colocaron a la crisis libia en una complicada posición dentro de su agenda política.

Los sucesos que ocurrían en Libia afectaban directamente a los intereses de los Estados europeos. Su seguridad se veía directamente amenazada dada su proximidad geográfica y, además, la crisis libia también estaba repercutiendo en las economías europeas. Por todo esto, Karim Mezran, alto miembro de la organización *Atlantic Council*, afirmó que, mientras Afganistán constituía un proyecto estadounidense, Libia se presentaba como un proyecto europeo (Song, 2016, p.86). El conflicto libio estaba sucediendo en el “patio trasero de Europa” sin ser este tampoco uno de los partidos combatientes involucrados. Por este motivo, si estos incidentes que se desarrollaron por las legítimas aspiraciones del pueblo libio por obtener reformas políticas y sociales no afectaban a la seguridad estadounidense y sólo les afectaban indirectamente por Europa, Washington D.C. no consideraba que esta intervención estuviese dentro de su esfera de influencia. Por otro lado, sí que contemplaba que lo estuviese para la Unión Europea. Además, el fundamento esencial en el que se basa la política exterior del presidente Obama es su reconocimiento de que Estados Unidos es un país extremadamente seguro: posee una posición geográfica altamente favorable. El hecho de que sea una nación segura no implica que no tenga intereses en otros lugares, pero ninguno de ellos es realmente vital, como es el caso de Libia. Por tanto, no requieren unas respuestas exageradas, precipitadas o heroicas. En realidad, la mayor amenaza a la que se enfrenta como país son las heridas autoinfligidas, como las guerras de Iraq y Afganistán (Walt, 2013). Es por esto por lo que, si Libia no era de gran utilidad para EE.UU y suponía más un “proyecto europeo”, no había un raciocinio justificado para intervenir en esta crisis.

2.4. Crítica a los ‘free riders’

Un motivo significativo por el que EE.UU no quería intervenir en el conflicto libio y, por tanto, no responder a las ambiciones europeas, era por la crítica hacia los países europeos por su falta de compromiso económico hacia la OTAN. Estos Estados miembros de la OTAN que son asimismo integrantes de la Unión Europea no estaban cumpliendo con el convenio acordado de invertir al menos el 2% del PIB⁴ en Defensa, como representado en la Figura II y III (Fernández-Lasquetty, 2018). Estas muestran la evolución de esta inversión en defensa entre los años 2008 (cuando surge la crisis financiera) y 2012, un año después que la intervención en Libia terminase. Por otro lado, Estados Unidos estaba gastando más que todos los otros países miembros de la OTAN juntos, representando así el 75% de todo el coste de defensa de esta

⁴ PIB: Producto Interior Bruto

organización militar (Fernández-Lasquetty, 2018; Whitlock, 2012). Esto era, y sigue siendo, motivo de tensión para el vínculo transatlántico. La Administración de Obama aumentó la presión para que sus aliados europeos se hiciesen más responsables de su seguridad y puedan así comenzar una “progresiva retirada de las tropas estadounidenses de Europa” (Guinea Llorente, 2018, p.69). Esto se debe a que EE.UU estaba frustrado con los recortes de los europeos en materia de seguridad que tuvieron lugar a causa de la crisis financiera de 2008. Estos países europeos miembros de la OTAN parecían estar satisfechos trasladando las cargas y las responsabilidades de su propia defensa a Estados Unidos (Song, 2016, p.100). La Administración de Obama estaba cada vez más cansada de acarrear con el reparto desigual del gasto de defensa, abogando abiertamente entonces por que los europeos desempeñen un papel militar más activo si querían que la OTAN persistiera (Song, 2016, p.100).

El mismo presidente Obama, en una entrevista con Jeffrey Goldberg, editor en jefe de *The Atlantic*, declaró que: los “free riders me agravan” (2016). Explicó que parte de su misión como presidente era incitar a otros países a que tomen medidas por sí mismos, en lugar de esperar a que EE.UU tome la iniciativa. La defensa del orden liberal internacional depende de la voluntad de otras naciones de compartir la carga con Estados Unidos. Obama prosiguió en la entrevista manifestando que ha sido un hábito de otros países el presionar a EE.UU a actuar mientras que estos después mostraban una falta de interés por involucrarse también al mismo nivel (Goldberg, 2016). Por este motivo, EE.UU, que era reticente a intervenir dado el historial de los Estados europeos de no contribuir de igual forma con la carga militar, adoptó una estrategia de liderazgo limitado como será descrito posteriormente. El caso de Libia, por tanto, fue parte de una campaña “*anti-free riders*”, donde Obama buscaba traspasar algunas de las responsabilidades de la política exterior de EE.UU a sus aliados europeos (Goldberg, 2016). La suspicacia de Obama por intervenir en Libia derivaba en parte por su determinación en impulsar a que otros países se responsabilicen de sus propias ambiciones de seguridad. De esta forma, este presidente estadounidense inauguraba una nueva etapa en la relación transatlántica donde, si decidía involucrarse en el conflicto, adoptaría un papel secundario, no dejando entonces que la carga militar recaiga solo en EE.UU. Este nuevo papel desempeñado por la Casa Blanca suponía un giro en su política exterior, situando así a sus aliados europeos en una posición desconocida hasta el momento para ellos donde adquirirían mayor relevancia en materia de defensa.

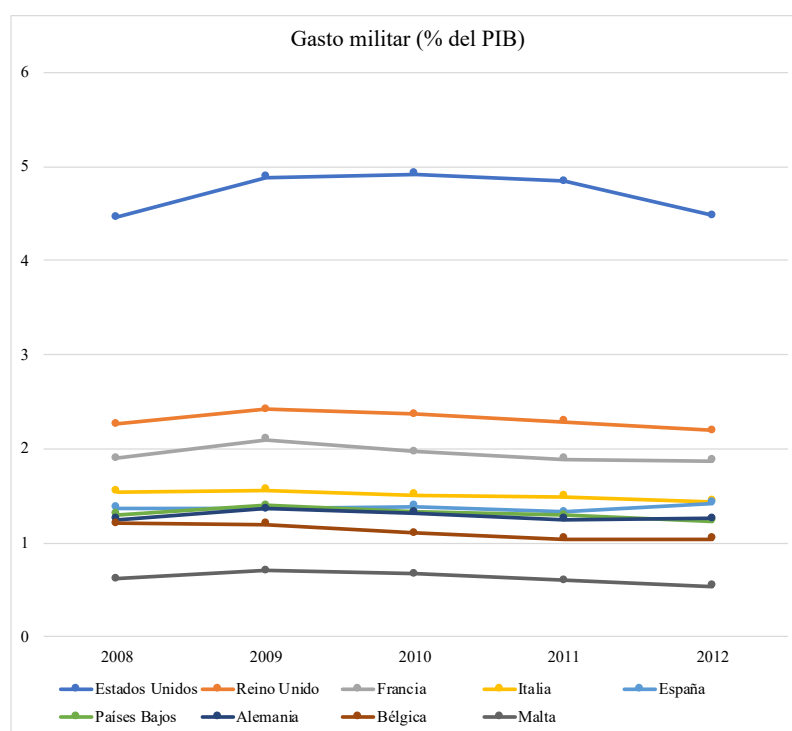
Figura II. La evolución del gasto militar (% del PIB).

Países	2008	2009	2010	2011	2012
Estados Unidos	4,46	4,89	4,92	4,84	4,48
Reino Unido	2,26	2,42	2,37	2,29	2,19
Francia	1,9	2,1	1,97	1,89	1,87
Italia	1,54	1,56	1,51	1,49	1,44
España	1,37	1,36	1,39	1,33	1,42
Países Bajos	1,3	1,4	1,33	1,29	1,23
Alemania	1,25	1,36	1,32	1,25	1,26
Bélgica	1,21	1,2	1,1	1,04	1,04
Malta	0,62	0,7	0,67	0,6	0,54

Nota:
Las casillas en amarillo muestran aquellas inversiones en defensa que superan el convenio acordado de al menos el 2% del PIB.

Fuente: Banco Mundial y elaboración propia

Figura III. Evolución del gasto militar (% del PIB).



Fuente: Banco Mundial y elaboración propia

3. *La intervención estadounidense*

A pesar de todos aquellos factores que llamaban a Estados Unidos a no involucrarse directamente en el conflicto libio, dejando así que tomaran la iniciativa los aliados al otro lado del Atlántico, Obama decidió, en marzo de 2011, respaldar la intervención militar. Las bases del vínculo transatlántico han sido siempre los valores y los intereses comunes, en materia de seguridad y en la cooperación económica. La OTAN es la materialización institucional de estas interdependencias en seguridad y defensa (Guinea Llorente, 2018, p.63). Por tanto, no es de extrañar que EE.UU decida ponerse del lado de la comunidad internacional, particularmente de los Estados miembros de la UE que abogaban por la operación, dado que sus socios pujaban por ello; y en esto se basa una alianza militar. En una entrevista televisiva con el ABC News, Robert Gates declaró que Libia no suponía un interés vital nacional para EE.UU, pero que sin embargo era un interés. Esto se debe al compromiso que tiene hacia sus aliados y por la crisis humanitaria que estaba teniendo lugar. Como recalcó la secretaria de Estado, Hillary Clinton, en la misma entrevista: “¿Cómo puedes quedarte de brazos cruzados cuando [...] Francia y el Reino Unido y otros países europeos y la Liga Árabe y tus socios árabes te están diciendo que tienes que hacer algo?” (Miller, 2011). El cabildeo entonces del presidente Sarkozy y el primer ministro británico David Cameron por incitar la intervención estadounidense dio sus frutos. ¿Cómo no podía intervenir EE.UU dada la relación transatlántica? Aunque no hubiese un interés estratégico importante en Libia para Estados Unidos, este interés viene dado por el hecho de ayudar a sus socios, lo cual facilitó el desarrollo de la intervención. Este es el fundamento en el que se sustenta una alianza militar: tú me ayudas a mí, yo te ayudo a ti (Song, 2016, p.90). La existencia de la OTAN es una manifestación de este pacto.

4. *La respuesta europea al conflicto libio*

4.1. La política exterior de la Unión Europea

Durante la década de los noventa, la Comunidad Europea se transformó. Pasó de ser un organismo esencialmente económico, con un mercado interior, a una entidad política con ambiciones de desarrollar una política exterior común. Tales aspiraciones fueron cumplidas con la creación de la Política Exterior y de Seguridad Común (PESC), siendo esta el segundo pilar del Tratado de Maastricht, entrando en vigor en 1993. Poco después, este avance en integración política fue complementado con la introducción del cargo de Alto Representante de la Unión para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad (denominado en lo sucesivo “alto representante”), establecido con el Tratado de Ámsterdam en 1999. Para terminar este recorrido histórico, es esencial mencionar el Tratado de Lisboa (2009) dada su gran importancia a nivel institucional y en materia de política exterior y defensa. Este tratado pretende que el funcionamiento de la UE sea más eficaz, más democrático y más coherente, sobre todo en lo que respecta a sus relaciones exteriores (Chopin y Lefebvre, 2010, p.1-2). El Tratado de Lisboa ha introducido un ‘doble régimen’ de toma de decisiones: supranacional para aquellas políticas del mercado único, e intergubernamental para las políticas que normalmente están en el centro de la soberanía nacional, como las de política exterior y de defensa (Fabbrini, 2014, p.177). Este convenio creó también la posición de presidente permanente del Consejo Europeo y, además, instauró el Servicio Europeo de Acción Exterior (SEAE) (Legrand, 2020). Más aún, amplió las responsabilidades del alto representante y le nombró vicepresidente de la Comisión. A su vez, la política común de seguridad y defensa (PCSD) de la Unión es una consecuencia de la PESC y forma parte de ella. El Tratado de Lisboa, por tanto, buscaba responder a la necesidad de esta organización de tener una voz más coherente en las relaciones internacionales y unos instrumentos más eficientes para apoyarla. Quería instituir un proceso más legítimo en la elaboración de su política exterior y de seguridad. El conflicto que se desarrolló en Libia supuso la primera prueba para esta nueva concepción de seguridad exterior del Tratado de Lisboa, siendo la crisis internacional más grave que ocurrió después de la entrada en vigor del dicho (Fabbrini, 2014, p.117). Sin embargo, la PESC y, consecuentemente, la PCSD no superaron esta prueba. La crisis de Libia mostró la insuficiencia del mecanismo institucional definido por el Tratado de Lisboa para llevar a cabo tanto la PESC como la PCSD, los cuales requieren el consentimiento de todos los Estados miembros para poder llevar a cabo cualquier actuación dada su naturaleza intergubernamental.

El hecho de que la respuesta europea a la crisis de Libia estuviese basada principalmente en respuestas unilaterales y bilaterales por parte de los Estados miembros y no por la UE colectivamente, como se expondrá posteriormente, manifiesta como las reformas institucionales no han sido suficiente para resolver los problemas básicos de la política exterior y de seguridad de esta organización (Kempin y von Ondarza, 2011, p.1-2). Una intervención militar de la Unión Europea en Libia nunca llegó a discutirse seriamente entre las principales autoridades. Aun después de más de diez años desde el desarrollo de la PCSD, las únicas opciones viables para operaciones militares a gran escala son aquellas coordinadas por la OTAN o en coalición con EE.UU, aunque estas lleguen a darse en la vecindad de la Unión (Kempin y von Ondarza, 2011, p.2). Esta carencia europea en defensa demuestra cómo las frustraciones de las distintas administraciones estadounidenses están justificadas. A nivel exterior, la UE es una organización internacional de integración fundamentada en el principio de atribución de competencias (Ferrer Lloret, 2012, p.45). Su política exterior sigue estando bajo la jurisdicción de los Estados miembros ya que sigue siendo potestad intergubernamental y tales competencias no han sido atribuidas por estos países a la Unión. Por tanto, la capacidad de poder que tiene la UE para proteger los derechos humanos en terceros países, como fue el caso de Libia, es muy limitada (Ferrer Lloret, 2012, p.45). El levantamiento libio ha verificado la ineficacia y el fracaso de la política exterior de la Unión Europea, lo cual repercutirá en el vínculo transatlántico.

4.2. Por qué la Unión Europea quería involucrarse

Una serie de intereses alentaron la participación europea en la crisis de Libia. Después de que el régimen de Gadafi renunciase a su programa nuclear en 2004, Libia se convirtió en un socio fundamental para muchos Estados miembros de la UE (Fabbrini, 2014, p.183). Libia tiene las mayores reservas de petróleo probadas de África, por lo que este recurso supone casi el 65% del PIB de este país, el 96% de sus exportaciones y el 98% de sus ingresos públicos (Pradella y Taghdisi Rad, 2017, p.2414). Además, es necesario destacar que los países de la Unión Europea han sido el principal destino de las exportaciones petroleras y de gas libias, ya que los Estados miembros se beneficiaban de la proximidad geográfica de esta nación norteafricana y de la calidad de su energía. Por ejemplo, en 2011, España importaba alrededor del 13% de su petróleo de Libia (Martínez de Rituerto, 24 marzo 2011). Por tanto, los Estados miembros de la Unión Europea tenían un claro interés estratégico en Libia: la necesitaban por su petróleo y gas. De hecho, el conflicto en Libia provocó un aumento en los precios del petróleo a los niveles

más altos observados desde la crisis financiera de 2008 (Song, 2016, p.86). En consecuencia, esto afectó enormemente los intereses económicos de los países europeos.

Asimismo, otro factor que demuestra la clara inclinación que había por parte de los europeos en intervenir en la crisis de Libia es evidenciado por el comercio de armas entre estos países. Algunos de los Estados miembros de la UE han vendido a Gadafi armas por valor de 1.100 millones de euros entre 2004 y 2011, con la expectativa además de comercializar aún más en el futuro (Stratfor, 2011). Francia e Italia, especialmente, estuvieron bastante activos en este negocio lo cual esclarece las posiciones que estos tuvieron por la intervención. Se debe agregar también que los países europeos tenían una necesidad por controlar la situación que se estaba desarrollando en Libia dada su proximidad geográfica. Se consideraba que la seguridad de Europa estaba directamente amenazada por el conflicto dado que el dicho podía producir un enorme flujo de refugiados entrando al continente. Esto podía llegar a desestabilizar los gobiernos y las economías de los países de la Unión Europea (Song, 2016, p.86). Por estos motivos, los estadounidenses consideraban que la intervención en Libia constituía más un “proyecto europeo” que uno conjunto dado que los países de la UE tenían unos intereses estratégicos claros en Libia.

4.3. Divisiones internas en la Unión Europea

El hecho de que no todos los Estados miembros de la Unión Europea participasen en la operación en Libia demuestra las divisiones internas que este conflicto generó. Los europeos no se ponían de acuerdo entre ellos sobre el uso de la fuerza en Libia, lo cual se plasmó y repercutió a la hora de tomar decisiones en el Consejo de Seguridad de la ONU y en las reuniones en la OTAN. Como fue mencionado anteriormente, hace falta ejercer un gran esfuerzo para poder conseguir una resolución europea común en el ámbito de la gestión de crisis ya que se necesita un consenso colectivo. Sin embargo, en el caso libio, no hubo unanimidad en cuanto a cómo debía la Unión Europea responder a tal situación. Entre la Alemania pacifista, la Francia y Gran Bretaña, los países nucleares, a favor de la intervención, los otros estados que permanecieron neutrales, aquellos que apoyaban las operaciones de mantenimiento de la paz de la ONU y los que deseaban dejar a EE.UU y la OTAN que asumieran el control, en conclusión, el panorama estratégico en Europa era extremadamente diverso (Gnessoto y de Margerie, 2013, p.2). Por esta razón, la crisis libia demostró que había unos dilemas irresolubles de acción colectiva que impedían a la UE a actuar acorde con su

posición en el escenario mundial. Por tanto, la UE, pese a sus avances en política exterior, no cumplió con las expectativas esperadas de ella.

4.3.1 La alianza franco-británica y la Alemania que se abstiene

A medida que el levantamiento libio se iba convirtiendo en un fenómeno de gran envergadura, de igual forma iba creciendo la preocupación de la comunidad internacional ante las reacciones del gobierno de Gadafi por las revueltas. Por este motivo, Francia y Reino Unido tomaron la iniciativa de impulsar una acción internacional contra este líder libio. Sin embargo, a pesar de iniciar esta propuesta de intervención, fueron recibidos con una disimilitud de posiciones. Estos dos países, sin embargo, siguieron abogando fuertemente por una injerencia en Libia, siendo por tanto considerada esta misión como una operación franco-británica.

Un día antes de que tuviese lugar la reunión de emergencia del Consejo Europeo sobre Libia, Francia reconoció al Consejo Nacional de Transición como el único legítimo representante de los ciudadanos libios y anunció un intercambio de embajadores. Los otros Estados miembros de la UE se mostraron muy críticos con este movimiento unilateral de Francia ya que impedía entonces a la Unión poder desarrollar una estrategia común frente al CNT (Fabbrini, 2014, p.185). El 11 de marzo, fecha en la que tuvo lugar la conferencia extraordinaria del Consejo Europeo, los jefes de estado y de gobierno de la UE determinaron que Gadafi había perdido legitimidad política y le urgieron a dimitir. Además, el Consejo de la Unión acordó apoyar todas las medidas posibles, “*más allá de la presión política y de la ayuda humanitaria*”, para defender al pueblo libio (Rodríguez Zapatero, 2011). De este modo, la Unión Europea está implícitamente señalando que respaldaría medidas que incluyan el uso de la fuerza. Sin embargo, esto no fue reflejado en las reuniones del Consejo de Seguridad sobre Libia. Cuando se estaba debatiendo sobre la Resolución 1973, el uso de la fuerza no fue defendido por todos los Estados de la Unión: Alemania se abstuvo en la votación. Por otro lado, el resto de los países miembros de esta organización de integración, Francia, Reino Unido y Portugal, votaron a favor (Ferrer Lloret, 2012, p.34). Cabe destacar que esta resolución fue patrocinada por Sarkozy, el mayor propulsor de la intervención.

El presidente de Francia, Nicolas Sarkozy, tenía sus motivos personales por promover la intervención en Libia. Dado que se presentaba a reelección para las elecciones presidenciales francesas de 2012, esperaba que su presencia en el escenario internacional como cabeza de la

iniciativa incrementase sus índices de popularidad. Asimismo, confiaba que su acción decisiva en defensa de los derechos humanos de los árabes en vista de los levantamientos encubriera su turbio historial en cuanto a la complicidad de su administración con aquellos líderes que quebrantan los mismos (Garton Ash, 2011). Luego, es comprensible que el presidente Obama fuera reticente a intervenir en el conflicto dado que su falta de intereses estratégicos en Libia era compensada con la abundancia de estos de Francia. No obstante, fue la crisis humanitaria que estaba ocurriendo en el terreno libio lo que llevó al Consejo de Seguridad y a la Liga Árabe a apoyar y autorizar las sanciones. Sin embargo, aunque Sarkozy era considerado por los medios de comunicación europeos como el líder autoproclamado del partido a favor de la guerra, la misión no se podía haber llevado a cabo sin la cooperación política o las capacidades militares del Reino Unido (Howorth, 2014, p.408). La disposición sobre la concesión del uso de la fuerza en la Resolución 1973 fue ejecutado inicialmente bajo el liderazgo de Estados Unidos y, a continuación, por una coalición de países de la que formaban parte diez de los (entonces) 28 Estados miembros de la UE, pero con mayor protagonismo de París y Londres (Ferrer Lloret, 2012, p.35). Una vez que la OTAN asume el mando de las misiones militares en Libia bajo la operación “Protector Unificado”, Francia y el Reino Unido serán la cara pública de la intervención. Además, esta alianza franco-británica aportó la mitad de las fuerzas de ataque y varias otras capacidades ausentes del resto de la OTAN (Barry, 2011, p.11).

Alemania adoptó la misma posición que China y Rusia en el Consejo de Seguridad cuando optó por abstenerse en la votación de la Resolución 1973 iniciada por Francia. Los ministros del Exterior francés, Alain Juppé, y alemán, Guido Westerwelle, estaban abiertamente en desacuerdo. Westerwelle declaró, en un encuentro en París del G8⁵, que Alemania no participaría “en una acción militar en Libia” y se presentó “muy escéptico” sobre la posible zona de exclusión aérea (La Vanguardia, 15 marzo 2011). Esta disensión de posiciones fue enfatizada por Juppé quien el periódico Le Monde citó haber afirmado que la política común de seguridad y defensa europea había “muerto” (Garton Ash, 2011). La cuestión principal sobre Alemania no era si participaría o no militarmente, el origen de la polémica provenía de que este país no apoyaba una resolución de la ONU respaldada por sus principales socios europeos, EE.UU y la Liga Árabe. En particular, esta divergencia de posiciones entre el gobierno de Berlín y el de París y Londres pone en entredicho las pretensiones de la Unión Europea de tener

⁵ Grupo de los Ocho. En la actualidad, ha vuelto a su nombre original, G7, después de que en 2014 Rusia dejase de formar parte de él como sanción a la adhesión de Crimea.

una efectiva política exterior (Garton Ash, 2011). Asimismo, este desacuerdo entre Alemania y el resto de los países europeos, particularmente con Francia y el Reino Unido, resaltó el hecho de que era más probable que la actividad militar europea surgiera por tanto de la relación bilateral reforzada de estos últimos que del desarrollo de una política de seguridad y defensa común (Allen y Smith, 2012, p.165). Consecuentemente, la seguridad y defensa de Europa ha sido encomendada a la OTAN y, por consiguiente, a Estados Unidos.

4.3.2. Los países mediterráneos: el caso de Italia

Los países mediterráneos, en especial, Italia y Malta, tienen un particular interés en cómo se desenvuelve el conflicto en Libia dada su posición geográfica. Los movimientos migratorios entre África y la Unión Europea discurren a través de estos dos estados (Ferrer Lloret, 2012, p.14). Por tanto, cualquier alteración en el terreno libio tendrá una consecuencia directa en el número de migrantes que entran al continente europeo. Dicho lo anterior, Italia en concreto mantiene una especial relación con Libia, la cual ha repercutido en las negociaciones sobre la intervención europea en el conflicto. Italia es uno de los aliados preferentes del régimen de Gadafi, además de antiguo líder colonial de este país. Más aún, Italia y Libia comparten numerosos intereses económicos. Por ejemplo, Libia poseía el 7.5% de UniCredit, un banco italiano, y del equipo de fútbol la Juventus (Mora, 2011). Además, el gobierno de Trípoli es un proveedor crucial de petróleo para Roma. Ante las primeras protestas en este país norteafricano, el primer ministro italiano en su momento, Silvio Berlusconi, fue fuertemente criticado por su falta de desaprobación de la actuación de Gadafi contra los manifestantes. De hecho, se le ha citado declarando que no quería molestar a nadie mientras la situación esté en curso (Babington, 2011; Mora, 2011). Este “no molestar” va dirigido a Gadafi, al que Berlusconi acusó durante mucho tiempo de pasar por alto su bajo historial de derechos humanos. Cabe destacar que, en 2009, ambos países ratificaron el tratado de Amistad, Asociación y Cooperación que incluye una disposición de no agresión (Stavridis y Fernández Molina, 2013). Por esta razón, Italia se resistía en posicionarse a favor de una intervención europea en el conflicto libio lo que ocasionó tensiones intergubernamentales.

Asimismo, las resistencias italianas por desarrollar un plan europeo de injerencia en Libia tratan de encubrir su preocupación por la cuestión de la inmigración. Esto se debe a que Italia lleva a cabo devoluciones automáticas de inmigrantes y los redirige a este país norteafricano. Por lo cual, Italia tiene un interés estratégico por no perturbar esta colaboración. Igualmente,

este país se ha presentado cauteloso sobre la intervención ya que está desasosegado de que la operación franco-británica no se termine adecuadamente y deje a Italia la labor de encargarse del caos que se ha desarrollado a través del Mediterráneo (Startfor, 2011). El Reino Unido y Francia, por ejemplo, dada su posición geográfica en Europa, están más aislados de cualquier secuela que pueda dejar el conflicto libio. Es por esto por lo que los costes de la involucración no son los mismos para todos los países europeos participantes, especialmente para Italia (Stratfor, 2011). Este es el mayor impedimento para poder crear una unidad europea.

4.4. *Fracaso de EUFOR Libia*

La operación EUFOR Libia de la Unión Europea es una clara manifestación del fracaso de la política común de seguridad y defensa. Con ella, se quería que la UE desplegara una misión militar, la cual satisfaría las aspiraciones de las presidencias estadounidenses porque su aliado tome más iniciativa en su seguridad. El 1 de abril de 2011, el Consejo aprobó la Decisión “sobre una operación militar de la UE en apoyo de las operaciones de asistencia humanitaria como respuesta a la situación de crisis [...] en Libia”, denominada EUFOR Libia (Decisión 2011/210/PESC, 2011). El Artículo 1 de esta Decisión establece que EUFOR Libia “respaldaría los mandatos de las Resoluciones 1970 y 1973 [...] a solicitud de la Oficina de Coordinación de Asuntos Humanitarios de las Naciones Unidas (OCAH)”, en el marco de la PCSD, “destinada a apoyar la asistencia humanitaria” (Decisión 2011/210/PESC, 2011). Sin embargo, la OCAH nunca llegó a precisar de EUFOR Libia, cuyo mandato era inconcreto (Zamarripa Martínez, 2015, p.10). Por lo cual, nunca se llegó a activar esta operación. La falta de desarrollo y propósito de EUFOR Libia muestra la ineficacia y dificultad de aplicar la PCSD de la Unión Europea. Dado que se basa, no solo en el consenso entre sus Estados miembros, pero también en su convivencia con las políticas de seguridad de cada uno de estos países, además de las responsabilidades asumidas en el contexto de la OTAN, es complicado entonces poder hacer uso de la PCSD (Ferrer Lloret, 2012, p.35). Por este motivo, se intuye que la Unión Europea sólo puede desempeñar un papel militar en el marco de la OTAN, organización de seguridad principalmente financiada por Estados Unidos. Esto responde, por tanto, a la tercera pregunta de investigación planteada: la UE no está lo suficientemente capacitada en su política exterior y de seguridad para poder efectuar una respuesta efectiva al conflicto. El fracaso de EUFOR Libia no apacigua las frustraciones estadounidenses, lo que repercute en la relación transatlántica.

4.5. *La respuesta de los líderes europeos*

Cómo respondieron los distintos líderes europeos a la crisis de Libia ha sido objeto de crítica entre los círculos políticos y académicos. Las discrepancias en opiniones y declaraciones han mostrado una Europa dividida, lo que ha debilitado su acción exterior a ojos de la comunidad internacional. Su reacción al conflicto ha sido calificada de lenta, débil, dividida, y fundamentalmente incoherente (Koenig, 2011, p.3). El cargo de alto representante durante este periodo de tiempo fue asumido por Catherine Ashton, una política británica. A pesar de ser la primera funcionaria en obtener este puesto desde la entrada en vigor del Tratado de Lisboa, Ashton mantuvo un bajo perfil público. Esto resalta al tener en cuenta que su cargo fue concebido para que la UE se imponga con eficacia en tiempos como aquellos (Castle, 2011). Aunque emitía declaraciones periódicas y presidía las reuniones, nunca llegó a emerger como un agente clave de poder. En realidad, el liderazgo sobre el asunto libio no llegó a proceder de Bruselas, sino de París y Londres (Castle, 2011).

La primera reacción de la Unión Europea a la crisis libia provino de las declaraciones de la alta representante en nombre de esta organización. Esto fue seguido de comunicados similares por parte de los presidentes del Parlamento Europeo, el Consejo Europeo, y la Comisión. Sin embargo, sobre la cuestión del objetivo de la intervención militar, Ashton y el presidente del Consejo Europeo, Herman van Rompuy, emitieron declaraciones contrarias. Mientras que van Rompuy afirmó que el propósito de la misión debería de ser un cambio de régimen, la alta representante lo contradujo y sostuvo un enfoque menos conflictivo (Fabbrini, 2014, p. 184). Esta falta de coherencia entre dos líderes de las instituciones europeas disminuyó la credibilidad de la comunidad. Asimismo, el Parlamento Europeo ha sido un fuerte crítico de la respuesta de la alta representante y el SEAE al conflicto libio. En una comparecencia de la comisión de asuntos exteriores del Parlamento el 22 de marzo, Ashton recibió un cañoneo de críticas de numerosos eurodiputados expresando opiniones desde “nos gustaría ver de vosotros un comportamiento más proactivo” a “su trabajo es superfluo, es dinero tirado por la ventana” (AFP, 2011). La crisis de Libia, por tanto, supuso una prueba para este nuevo organismo institucional, el SEAE, y para la alta representante.

Se manifestó también una incoherencia entre las opiniones y respuestas de la alta representante y los Estados miembros de la UE. Por ejemplo, fue el mismo día que la alta representante expresaba la grave preocupación de la Unión por el desarrollo de la violencia en Libia que

Berlusconi declaraba a la prensa que no quería “molestar” a Gadafi (Koenig, 2011, p.9). Igualmente, como se mencionó en el epígrafe anterior, la actuación unilateral de Francia cuando proclamó al CNT como el legítimo representante del pueblo libio mostró una falta de coordinación dentro de la Unión Europea. Además, mientras que Francia y el Reino Unido abogaban por una intervención militar activa, Ashton continuaba mostrando prudencia a la hora de solicitar sanciones y establecer contacto con el CNT (Fabbrini, 2014, p.184). La alta representante se resistió a adoptar una posición de apoyo con respecto a la intervención militar en Libia ya que estaba restringida por las discrepancias en opiniones e intereses entre los Estados miembros. Más aún, aparte de los desacuerdos en las declaraciones emitidas, el puesto de alto representante ha saturado un espacio ocupado también por el presidente de la Comisión y el nuevo presidente del Consejo Europeo (Brattberg, 2011). Por consiguiente, las Administraciones estadounidenses siguen dudando sobre “quién habla en nombre de Europa”, lo que presenta un problema para la relación transatlántica (Allen y Smith, 2011, p.224). Su capacidad para efectuar una respuesta efectiva, por tanto, se ve restringida por esta cuestión.

5. *La respuesta de la OTAN a la crisis de Libia: símbolo del vínculo transatlántico*

La intervención de la Organización del Tratado del Atlántico Norte se inició para ejecutar lo dispuesto en la Resolución 1973 del Consejo de Seguridad de la ONU. De este modo, el 31 de marzo comenzó la Operación Protector Unificado, nombre que la organización internacional adoptó una vez asumió el mando de todas las operaciones que se estaban realizando en Libia. Esta intervención militar finalizó el 31 de octubre de 2011. El traspaso de las misiones que se estaban llevando a cabo en Libia a la OTAN supuso una oportunidad para que Europa se alzara en el ámbito de seguridad y compartiese parte de la carga militar con Estados Unidos. Esto implicaría la inauguración de una nueva etapa para el vínculo transatlántico donde no todo el peso de la seguridad y defensa de la Unión Europea recaería en EE.UU.

5.1. *La estrategia de Obama: un impulso para los europeos*

Desde la fundación de la OTAN, el problema del reparto de carga entre sus Estados miembros ha sido siempre una espina clavada (Michaels, 2011, p.59). Esta cuestión ha sido especialmente criticada por parte de Estados Unidos dado que es el país que más contribuye a la Alianza. Esta frustración de Washington, que se remonta tan atrás como a 1949, año en el que se instauró la organización, no ha sido apaciguada por sus aliados, los cuales siguen sin contribuir con la directriz acordada del 2% de su PIB (véase Figuras II y III). Sin embargo, según la propia OTAN, los socios no estadounidenses gastan en conjunto menos de la mitad de lo que este país invierte en defensa, con EE.UU por tanto representando más de dos tercios de la financiación total (OTAN, 2021). Dicho esto, si se añade el hecho de que Estados Unidos tiene un bajo interés en Libia, una ciudadanía cansada de las intervenciones en países musulmanes, y una economía que requiere que se recorte el gasto en defensa, luego Obama tiene unas reservas justificadas sobre el aspecto que va a tener la operación Protector Unificado. No obstante, Estados Unidos intervino.

Se ha considerado la Operación Protector Unificado como una prueba de la nueva estrategia de Obama con la que abordar la relación con sus aliados europeos en el ámbito de la defensa. Este presidente se ha mostrado reticente a la hora de usar el poder militar de su nación. Por el contrario, en la anteriormente citada entrevista con Goldberg, Obama mencionó como hay un “manual” en Washington que se espera que los jefes de estados sigan. Este “libro de instrucciones” prescribe una serie de respuestas, y estas suelen ser de carácter militar. Este

modus operandi, sin embargo, puede conducir a malas decisiones, como las guerras en Iraq y Afganistán demuestran (Goldberg, 2016). No obstante, Europa está cada vez menos dispuesta a apoyar o tolerar activamente este ‘excepcionalismo’ estadounidense (Pabst, 2011, p.28). Por tanto, el vínculo transatlántico podía haberse visto erosionado si Estados Unidos hubiera proseguido adoptando esa posición en cuanto a las intervenciones militares. En cambio, Libia supuso un caso donde la Unión Europea quería y esperaba que EE.UU interviniera en el conflicto como lo había hecho hasta entonces. A pesar de este interés europeo por una actuación contundente por parte de Estados Unidos, Obama decidió ejercer un nuevo estilo de liderazgo denominado popularmente “leading from behind” (dirigir desde atrás en español).

Esta nueva política de “dirigir desde atrás” empleada en Libia es una definición diferente de liderazgo que abre paso a un periodo de post-excepcionalismo estadounidense. En esta etapa, Obama busca ajustar la identidad estadounidense basada en una superioridad singular y una responsabilidad global con una estrategia de compromiso y reparto de carga, lo que alinearía a EE.UU más estrechamente con otros y lo involucraría menos militarmente (Löfflmann, 2015, p.311). El Estados Unidos de Obama no pretendía protagonizar el comando de una nueva campaña contra otro país musulmán. Al contrario, quería ejercer un papel de liderazgo limitado y operar principalmente a través de sus aliados (Löfflmann, 2015, p.320). Por tanto, el *leading from behind* iniciado en Libia representaba la determinación de no intervenir en la misión con soldados estadounidenses en el terreno ya que se consideraba una cuestión de la periferia europea de lo que estos tenían que confrontar (Guinea Llorente, 2018, p.66). Aunque ni Obama ni nadie de su Administración oficialmente denominase de esta manera a esta forma de liderar, este presidente sí que mencionó a este cometido en Libia como parte de una campaña anti-*free rider* (Goldberg, 2016). De este modo, se potenciaba que los Estados miembros de la UE interesados en la crisis libia se ocupen del liderazgo, o por lo menos a ojos del público, de la operación. No obstante, EE.UU era el propiciador militar indispensable del esfuerzo bélico de la coalición en Libia (Paquin, Massie y Beauregard, 2017, p.200). Esto se debe a que la brecha que hay entre Estados Unidos y los europeos en términos de capacidad militar se ha producido a lo largo de muchos años. Por lo cual, sería poco realista esperar que sus socios europeos asuman toda la carga de la operación Protector Unificado o dejen de depender de la asistencia de EE.UU (Song, 2016, p.97). Por tanto, Estados Unidos debía de involucrarse de una manera significativa pero acorde con su poco interés estratégico en Libia. Como resultado, adoptó la política de “dirigir desde atrás”, donde siguió desempeñando un papel fundamental, pero entre bastidores. De esta forma, enviaba un mensaje a los aliados europeos de la coalición de la

operación de la OTAN de que se esperaba de ellos que se responsabilizaran más de la carga y de las obligaciones. Sobre la transición de la campaña en Libia al comando de la OTAN, el secretario de Defensa estadounidense declaró que las fuerzas armadas de EE.UU proporcionarían las capacidades que otros no puedan aportar pero que “no habrá botas estadounidenses en el terreno” (Gates, 2011, p.5). Obama comprometió a Estados Unidos en la intervención, pero solo desde el aire y desde lejos. De este modo, podría conservar el poderío estadounidense para situaciones donde sus intereses vitales estén verdaderamente bajo amenaza, al tiempo que enseña al resto del mundo que tendrá que vigilar sus propios “patios traseros” (Sanger, 2011). Sobre esta operación en Libia, Antony Blinken a finales de abril afirmó que:

Nosotros sí que lideramos: despejamos el camino para los aliados [...]. Pero el verdadero liderazgo consiste en animar a los demás a asumir sus responsabilidades. Hemos hablado durante años sobre el reparto de carga, y o bien no dejábamos actuar a otros países, o bien ellos no querían o no podían hacerlo. Esta vez lo hicimos, y ellos lo hicieron. (Sanger, 2011)

De esta cita de Blinken se puede inferir por tanto que se inaugura una nueva etapa para el vínculo transatlántico. Manifiesta como el historial estadounidense ha girado en torno a criticar la falta de un reparto de cargas justo mientras que hacía poco por intentar reformar esa situación, recayendo siempre en la misma tendencia donde, al final, EE.UU actúa y sus aliados no. El *leading from behind* es un intento de cambiar esta dinámica en la relación transatlántica, un esfuerzo por impulsar que los socios europeos se responsabilicen en el ámbito de la seguridad y la defensa. Sin embargo, esto proviene de un cansancio acumulado de acarrear con el reparto desigual en defensa. Por tanto, con relación a la última pregunta de investigación, el *leading from behind* de Obama empleado en Libia es una manifestación de la debilitación del vínculo.

5.2. *Una OTAN liderada por Europa: sentimientos encontrados*

5.2.1. Los socios europeos asumen el mando de la Operación

El liderazgo de puertas adentro de Estados Unidos contrasta con el liderazgo público asumido por Francia. Paris, siendo la primera potencia en abogar por una intervención, era la cara de la campaña militar en Libia. Sin embargo, la operación no hubiera finalizado con “éxito” si no

hubiese sido por la contribución de Estados Unidos. El coste total de la misión en Libia para este país fue, aproximadamente, de \$1 billón, comparado con 300-350€ millones para Francia y 250€ millones para Reino Unido (Paquin, Massie y Beauregard, 2017, p.197). Sin embargo, esta cifra para EE.UU es considerada baja en lo que se refiere a una operación militar. El otorgar a Francia el protagonismo de la intervención hizo que el coste además sea menor para Washington y, así pues, poder involucrarse en el conflicto sin tanta oposición congresional. Sin embargo, después de meses implicados en el conflicto, el presidente Obama decidió, a principios de abril, retirar las fuerzas estadounidenses del combate directo y, por tanto, iniciar formalmente el *leading from behind*. Comenzó a replegar los aviones de combate, los buques de misiles y submarinos de la operación que se utilizaron para asegurar la zona de exclusión aérea de Libia ya que el conflicto parecía estar llegando a un punto muerto entre los dos bandos (Beaumont y Townsend, 2011). Dado que la operación Odisea del Amanecer, que EE.UU lideraba, pasaba al comando de la OTAN, Operación Protector Unificado, Washington decidió retirar sus fuerzas. De este modo, los Estados miembros europeos de la OTAN debían entonces, sin excusa alguna, asumir el liderazgo de la operación.

Como fue mencionado anteriormente, Francia y, a menor escala, Reino Unido, encabezaron esta campaña. Igualmente, esta fue complementada por las fuerzas belgas, italianas, danesas, y canadienses. No obstante, hubo diversos grados de compromiso militar en la operación Protector Unificado (Barry, 2011). Por ejemplo, en contraste con la participación de los nombrados países, Alemania y Polonia no desplegaron ninguna fuerza. La OTAN, por tanto, se encontró con que no disponía de los suficientes recursos para llevar a cabo eficazmente la misión. Había una escasez de capacidades militares en Europa, las más importantes siendo la vigilancia aérea persistente y aquellas relacionadas con los ataques de precisión (Barry, 2011). Asimismo, hubo fuertes diferencias sobre las tácticas a ejecutar entre los Estados de la coalición (Beaumont y Townsend, 2011). Muchos de los países involucrados en la operación se negaban a realizar ataques terrestres. Por otro lado, Francia abogaba por ellos. Esta discrepancia sobre cómo actuar, junto con la falta de recursos de los que disponían los aliados europeos, y el hecho de que varios países optasen por no involucrarse en la misión, mostró una alianza militar deficiente cuando EE.UU no adquiere el papel fundamental. El hecho de que en medio del conflicto armado varios socios europeos se quedasen rápidamente sin municiones o combustible para sus aviones y EE.UU tuviese que suministrarlos con urgencia revela cómo muchos de los estados de la UE dentro de la OTAN no están capacitados para responsabilizarse

de su seguridad, no cumpliendo por tanto con las expectativas puestas en los Estados miembros y en la misma Unión. Todo esto produce una presión sobre la relación transatlántica.

5.2.2. Las deficiencias de la Operación Protector Unificado: Un futuro “oscuro, si no negro” para la OTAN

Todas aquellas contrariedades surgidas durante la operación fueron reprochadas por el jefe del Pentágono, Robert Gates, en su discurso de despedida en Bruselas en junio de 2011. En él, declaró firmemente que Libia ha mostrado las deficiencias, en capacidad y voluntad, de la OTAN, las cuales tienen el potencial de amenazar la habilidad de la alianza para efectuar unas campañas eficaces y sostenidas (Gates, 2011). El secretario de Defensa saliente prosiguió enfatizando cómo, aunque todos los miembros de la OTAN votaron a favor de la misión en Libia, menos de la mitad participaron en ella, y menos de un tercio estaban dispuestos a intervenir en misiones de ataque (Gates, 2011). Además, resaltó el hecho de que con la operación en Libia se confirmaba su preocupación de que en esta organización internacional militar haya una alianza “de dos velocidades”: con miembros que están dispuestos y son capaces de soportar el coste y la carga de los compromisos, y los que disfrutan de los beneficios de la pertenencia a ella pero no quieren compartir los riesgos y el gasto (Martínez de Rituerto, 11 junio 2011; Gates, 2011). Por tanto, alertó sobre el endeble estado de la relación transatlántica en el ámbito de la seguridad y la defensa. La intervención en Libia estaba exasperando a los líderes políticos de Washington, quienes estaban cansados de cargar con la defensa de Europa. Esto está, una vez más, especialmente ilustrado con el compromiso del 2% del PIB a la OTAN: con solo cinco Estados miembros de los 28 que hay en la Alianza cumpliendo con este criterio en comparación con la aportación del 75% de todo el presupuesto de la OTAN de EE.UU (Whitlock, 2012). La exigüidad de la capacidad militar de los aliados europeos ha hecho que la operación no se desenvuelva como se esperaba y que presente graves deficiencias. Además, en el mismo discurso, Gates alerta que al Capitolio y la Casa Blanca se les está agotando la paciencia y el interés por gastar fondos, que ahora son más necesarios que nunca dada la crisis financiera, en beneficio de naciones que aparentemente no están dispuestas a destinar los recursos necesarios para ser unos socios capaces de su propia defensa (Gates, 2011). Estas declaraciones hechas por el jefe saliente del Pentágono se hacen eco de las opiniones de muchos de los dirigentes políticos estadounidenses. Exponen, por tanto, una nueva etapa del vínculo transatlántico donde se le exige a Europa que se responsabilice de su propia defensa o no obtendrá el apoyo de EE.UU (Martínez de Rituerto, 11 junio 2011). Con

el final de la Guerra Fría, las Administraciones estadounidenses han cuestionado la relevancia de la OTAN. Aunque eventos como la guerra de Kosovo y la Guerra al Terror han resaltado la necesidad de esta Alianza militar, desde la conclusión de estos y la toma de poder de Obama, la OTAN ha ido decreciendo en importancia para la política estadounidense. Esto, junto con la frustración de EE.UU sobre la falta de compromiso europeo exhibido durante la operación, ha hecho que la crisis libia sea una demostración del “menor interés de Obama por mantener la OTAN como estructura prioritaria de cooperación” (Guinea Llorente, 2018, p.70). Para Estados Unidos, la guerra de Libia ha aumentado la desilusión tanto con la OTAN en su conjunto como con aquellos de sus miembros europeos que se abstuvieron de participar en la campaña (Barry, 2011, p.11). Por todo esto, Gates concluyó su discurso alertando que “el futuro de la alianza transatlántica es oscuro, si no negro” (Martínez de Rituerto, 11 junio 2011).

5.2.3. La Unión Europea como agente humanitario

La Unión Europea presentó un historial mixto en su respuesta en Libia: por un lado, la falta de liderazgo y desacuerdo entre sus Estados miembros revelaron las insuficiencias de esta en el ámbito de la seguridad y la defensa. Por el otro lado, la Unión fue muy rápida en cuanto al emprendimiento de una operación de asistencia humanitaria (Brattberg, 2011). La respuesta de la Unión Europea en Libia se ha centrado principalmente en la parte civil. Es por esto por lo que la Comisión Europea reaccionó a la crisis libia ejecutando dos de sus principales instrumentos de emergencia: el mecanismo de protección civil y la ayuda humanitaria (Koenig, 2011, p.7). A enero de 2012, el total de fondos humanitarios y de protección civil proporcionados por la Comisión y los Estados miembros era de casi €159 millones, convirtiendo de ese modo a la UE en el mayor donante de ayuda humanitaria a Libia (Comisión Europea, 2012).

Por consiguiente, se puede inferir de la activación de estos dos mecanismos de asistencia humanitaria en Libia que la alta representante, Ashton, tenía una visión sobre la UE donde esta asumía un papel principalmente civil. Esto se debe en parte al hecho de que los Estados miembros de la Unión no se ponen de acuerdo sobre la gestión militar de la crisis. Por lo cual, priorizan las misiones civiles de la PCSD y la ayuda humanitaria ya que son iniciativas que los Estados miembros pueden apoyar sin tantas disensiones (Brattberg, 2011). Sin embargo, según un alto funcionario de la OTAN, la Unión Europea no propuso nada que requiriese una cooperación más “intensa”, mientras que la ONU reiteró repetidas veces que no necesitaba esta

operación humanitaria (Koenig, 2011, p.12). Esto se debe a que la OCAH ya estaba a cargo de ello. No obstante, la labor humanitaria de la Unión Europea, incluida su actuación en Libia, manifiesta como es un agente sumamente relevante en este ámbito. Todo esto demuestra que esta organización regional tiene una clara superioridad con respecto a EE.UU y la OTAN en lo que se refiere a la gestión civil de crisis. Por tanto, el rol de la UE dentro del vínculo transatlántico sigue considerándose principalmente uno de “seguridad blanda”⁶ (Brattberg, 2011). Aunque este apoyo civil es valioso, la guerra en Libia indica, sin embargo, que la UE debería de esforzarse por seguir siendo esta potencia blanda pero con un toque más fuerte (Brattberg, 2011). Como afirmó el exministro de Asuntos Exteriores belga, Mark Eyskens, en 1991, la Unión Europea es “un gigante económico, un enano político y un gusano militar” (The Economist, 2017). Esta apelación a ser un “gusano militar” sugiere que puede que se necesite una generación entera para restaurar la antigua cultura guerrera del continente, con la excepción de Francia y el Reino Unido, quienes siguen considerando la fuerza como una herramienta legítima de política exterior (Joffe, 2016). No obstante, con respecto a las preguntas de investigación que atañen la respuesta europea, se ha demostrado en este epígrafe que la Unión Europea está altamente capacitada y ha sido sumamente importante en la gestión civil de crisis y en el suministro de asistencia humanitaria.

5.3. *El ejercicio del principio de ‘Responsabilidad de Proteger’*

El levantamiento libio durante la Primavera Árabe produjo una respuesta violenta por parte del régimen de Gadafi ante las manifestaciones que estaban ocurriendo en las calles en este país. Esta reacción del gobierno supuso una violación de los derechos fundamentales dado que conllevaba torturas, detenciones arbitrarias, asesinatos, y ataques desproporcionados contra la ciudadanía (Marrero Rocha, 2013, p.129). Ante esta grave crisis humanitaria, el entonces Secretario General de la ONU, Ban Ki-moon, hizo un llamamiento a la comunidad internacional para responder a esta situación y, de este modo, poder defender y resguardar a la población libia. Ban Ki-moon, por tanto, invocó el principio de la responsabilidad de proteger en el conflicto libio, primera vez que se aplicaba en la historia, el cual se plasmó posteriormente en las resoluciones elaboradas por el Consejo de Seguridad. En ambas resoluciones, 1970 y 1973, la responsabilidad de proteger era la función primordial en las sanciones impuestas a este

⁶ Aludiendo al *soft power* de Joseph Nye (1990): expresión utilizada en las ciencias políticas para explicar la capacidad de un actor político para influir en las acciones o intereses de otros sirviéndose de recursos ideológicos o culturales.

país. El incumplimiento de este principio por parte del gobierno daba protección subsidiaria a la sociedad internacional que intervino (Añaños Meza, 2013, p.37). A pesar de que se considere a las Naciones Unidas como el organismo internacional más adecuado para autorizar las intervenciones militares con propósitos humanitarios, esta organización carece de la capacidad para actuar en conflictos (Carati, 2017, p.294). Por este motivo, la OTAN emergió como el actor legítimo para cumplir con el principio de responsabilidad de proteger bajo el amparo de un mandato de la ONU. Sin embargo, aunque esta intervención en la crisis de Libia se ha considerado un triunfo de esta doctrina, la aplicación de la responsabilidad de proteger de esta alianza militar ha suscitado una serie de críticas.

Teóricamente, el objetivo de la injerencia en Libia era proteger a los civiles y las zonas habitadas por estos así como posibilitar la venida de asistencia humanitaria (S/RES/1973, 2011, p.1). Sin embargo, la OTAN también defendió y asistió a los civiles armados y a los “militares rebeldes que combaten en un conflicto interno”, de modo que operó con parcialidad (Arteaga, 2011, p.4). Asimismo, algunos Estados miembros de esta organización militar actuaron con la intención de asistir a una de las partes en la guerra civil (López-Jacoiste Díaz, 2011, p.145). Todo esto implica una socavación del principio de responsabilidad de proteger ya que “proteger a unos ‘civiles’ más que a otros deslegitima [...] la intervención en Libia” (Arteaga, 2011, p.4). Por tanto, uno puede llegar a cuestionar si esta doctrina se utilizó como excusa y como método de persuasión para llevar a cabo la operación. Además, muchos consideran que la intervención de la OTAN en Libia excedió el mandato de la resolución 1973 ya que pasó del objetivo de proteger a los civiles al de cambio de régimen (Carati, 2017, p.303). Dada la violencia del gobierno de Gadafi contra la población civil, no se pudo evitar realizar un cambio de régimen. No obstante, este no estaba establecido como el fin de la operación. Un cambio de régimen en Libia no constituía la finalidad determinada por la resolución del Consejo de Seguridad. Por consiguiente, se desvía también del propósito dispuesto por la responsabilidad de proteger. De igual modo, la falta de una misión de reconstrucción posbélica después de la terminación de la operación Protector Unificado plantea dudas también sobre este principio: ¿cuándo se entiende que se ha cumplido con esa responsabilidad? (Marrero Rocha, 2013, p.142). Aunque el caso libio se considera un triunfo de la aplicación de la responsabilidad de proteger, se cuestiona si, teniendo en cuenta la etapa postconflicto en este país descrita en el apartado de Libia después de la intervención internacional de 2011, esto fue verdaderamente así. Se debe deliberar si la asistencia a construir las condiciones necesarias para que no se repitan estos incumplimientos de los derechos humanos está incluida en la doctrina. Si es así, teniendo en cuenta el estado de

Libia, la operación en este país no fue un éxito de la responsabilidad de proteger. A esto, Obama declaró que tenía más fe en que sus aliados europeos, dada su proximidad a Libia, se implicarían en el seguimiento del conflicto, es decir, en la reconstrucción posbélica (Goldberg, 2016).

6. *Las consecuencias de Libia para el vínculo transatlántico*

El conflicto que se desarrolló en Libia tuvo una serie de implicaciones para la Unión Europea y, en consecuencia, para la relación transatlántica. El ámbito de la seguridad y la defensa es uno de los flancos más débiles de esta organización supranacional ('gusano militar'), frustrando de ese modo a las Administraciones estadounidenses, quienes entonces se sienten presionadas a responsabilizarse de ese campo. Esto ha conllevado a que se replantee la utilidad de la OTAN en el actual panorama internacional. Por consiguiente, cualquier amenaza que suponga la debilitación o, en el otro extremo, el descartar a la OTAN tendrá graves consecuencias para la UE quien depende de la misma para su seguridad y defensa. La Unión, por tanto, deberá de reconsiderar su autonomía estratégica.

6.1. *La seguridad y la defensa de la Unión Europea: ¿un foco de tensión?*

La crisis de Libia fue la primera intervención militar internacional en la que los socios europeos lideran la campaña mientras que Estados Unidos daba un paso hacia atrás. De este modo, se situaba a la Unión Europea en el punto de mira, donde la comunidad internacional examinaría su respuesta a un conflicto armado en su vecindad. La guerra en Libia reveló todas las debilidades de la UE, pero, le proporcionó, al mismo tiempo, la oportunidad de utilizar y mostrar todo su repertorio de herramientas (Brattberg, 2011). Sin embargo, se ha criticado la gestión del conflicto de Libia por parte de la Unión Europea dada su pasividad e indecisión ante la situación más grave que se ha dado en sus inmediaciones desde las guerras de los Balcanes a finales de la década de los noventa. Esta falta de determinación a la hora de actuar muestra las flaquezas de los procedimientos intergubernamentales en la política exterior de esta organización, respondiendo entonces negativamente a la tercera pregunta de investigación. Es por esto por lo que no se presentó ninguna propuesta seria sobre el lanzamiento de una misión militar de la PCSD para imponer la zona de exclusión aérea en Libia (Brattberg, 2011). No obstante, durante más de una década, la UE se esforzó por hacer de este campo político (la PCSD) un instrumento eficaz con importantes capacidades de gestión de crisis (Howorth, 2014, p.408).

Sin embargo, la falta de realización exasperó a Estados Unidos quien confiaba que la UE, dado sus intereses en este país y su proximidad, asumiese un mayor liderazgo. George Robertson, exsecretario general de la OTAN, en una conferencia en julio de 2011, declaró:

por fin Estados Unidos ha dicho, y ha hecho, lo que amenazó durante muchos años, y es exigir que Europa proteja sus propios intereses con sus propios medios. Y esta vez, en relación con Libia, lo ha hecho. (2011, p.4)

La nueva política de *leading from behind* de Obama buscaba impulsar a los aliados europeos a que se comprometiesen más seriamente con su propia seguridad y defensa. El traspaso del comando de la campaña en Libia a la OTAN supuso una oportunidad para que Europa se alzara y compartiera con EE.UU parte de la carga militar. No obstante, como señalado previamente, las capacidades militares y la falta de compromiso de muchos Estados miembros europeos de la OTAN en la intervención no cumplieron con las expectativas esperadas. Estados Unidos demanda de la Unión Europea que asuma más de la carga militar y que se desarrolle en este ámbito, no actuando exclusivamente en prestaciones humanitarias. Sin embargo, la UE, como agente colectivo, no dispone de los recursos necesarios para adoptar un papel autónomo en esta, o en futuras crisis, al menos como potencia militar regional (Fabbrini, 2014, p.189). El poder militar no es el eje central de la política de seguridad de la Unión (Menon, 2012, p.590). Para satisfacer las peticiones del vínculo transatlántico, la UE debería de mejorar su PCSD. No obstante, el conflicto libio demostró el desasosiego de Europa por asumir la responsabilidad de su vecindad (Brattberg, 2011). Una reforzada PCSD con un fortalecimiento en su proyección exterior apaciguaría las tensiones con Estados Unidos en este ámbito.

6.2. *Autonomía estratégica*

La Organización del Tratado del Atlántico Norte sufrió una crisis de identidad con el final de la Guerra Fría dado que su propósito hasta entonces, el combatir la amenaza de la Unión Soviética, había concluido. No obstante, aunque con el auge del terrorismo internacional o con conflictos como la guerra en Kosovo, volvió a encontrar otra *raison d'être*, las divisiones en opiniones sobre intervenciones y la decreciente importancia de la Alianza para las Administraciones estadounidenses sentaron las bases para que la UE desarrollara su propia e independiente Identidad Europea de Seguridad y Defensa (Violakis, 2018, p.145). Desde entonces, la Unión Europea se ha esforzado por desarrollarse en este campo, enfatizando la necesidad de tener *autonomía estratégica*. Empleando la definición propuesta por Benedicto Solsona y Molina García, el término ‘autonomía estratégica’ se refiere a:

la capacidad de actuación autónoma (civil y militar) de la Unión en cualquier conflicto, con sus propias herramientas de seguridad y de defensa, con socios internacionales y regionales, sin necesidad de que la OTAN intervenga en todo caso. (2020, p.19)

Los debates sobre autonomía estratégica han sido en parte auspiciados por la insistencia de Estados Unidos en que los gobiernos europeos asuman más responsabilidades en defensa dentro de la OTAN, un asunto constantemente reiterado a lo largo de este trabajo (Fiott, 2018, p.1). Además, se busca también que la Unión pueda actuar de manera independiente, no teniendo por tanto que depender ni de la OTAN ni de EE.UU para llevar a cabo una operación militar o para su propia defensa. Aunque el vínculo transatlántico abarca también materia de seguridad, la UE no debería de necesitar a Estados Unidos para fenómenos que afecten geopolíticamente a Europa más que a este país, como es el caso de Libia (Fiott, 2018, p.2). No obstante, aunque la presidencia de Obama ha hecho hincapié en la necesidad de un mayor compromiso europeo en la OTAN, las aspiraciones por una autonomía estratégica han generado una agitación política ya que se ha interpretado como una alternativa a esta organización militar (Zandee, Deen, Kruijver y Stoetman, 2020, p.2). Los esfuerzos por desarrollar una autonomía estratégica han disminuido el papel de la OTAN como principal organización de seguridad europea. En consecuencia, es evidente que EE.UU tendrá entonces menos influencia sobre el continente si la OTAN ya no es el único organismo de seguridad colectiva (Hoffman, 2009, p.49). Sin embargo, las presidencias estadounidenses no deben temer la autonomía estratégica europea ya que esto les hará unos socios más competentes. Autonomía estratégica consiste en “construir una posición más fuerte para la cooperación” (Grevi, 2019, p.3). Esta ambición no pone en peligro a la OTAN, al contrario, la perseverancia de la UE en defensa refuerza a la Alianza ya que pretenden potenciar la cooperación europea en esta materia. No implica el rechazo al apoyo de Estados Unidos, si no que significa el establecimiento de una capacidad para que estas dos potencias puedan trabajar juntas cuando sus intereses no estén alienados (Franke y Varma, 2019). Una mayor autonomía estratégica por parte de la Unión Europea hubiera generado unos resultados más positivos en la intervención en Libia. Asimismo, el poder mostrar a Washington que Europa está dispuesta a asumir mayores responsabilidades en la OTAN a través de su desarrollo en materia de seguridad y defensa es una forma de garantizar la perdurabilidad de la relación transatlántica. Como mencionado anteriormente, un fortalecimiento de la PCSD de la UE calmaría las frustraciones de Washington. Por tanto, la autonomía estratégica comprendida como la capacidad de los europeos de ser unos aliados más

competentes en este campo podría significar el restablecimiento del vínculo transatlántico tras este punto bajo experimentado en Libia.

7. Conclusiones

Para concluir el presente Trabajo de Fin de Máster, es necesario retomar la hipótesis y las preguntas de investigación que se formularon al inicio y comentar las mismas conforme a lo dispuesto a lo largo del estudio del caso realizado. Con ese fin, se analizarán primero las preguntas de investigación planteadas, además de presentar algunos otros puntos de interés necesarios para la evaluación de la tesis final, para terminar afirmando o negando la hipótesis propuesta.

La primera pregunta de investigación cuestionaba si la reticencia inicialmente expuesta por el presidente Obama a la intervención en Libia derivaba de la frustración padecida en Washington por la falta de responsabilidad de sus aliados europeos en la seguridad de su propia vecindad o si provenía de otros motivos. Basándose en el análisis realizado en este asunto, se puede concluir que la primera suposición es cierta. Aunque factores domésticos tales como la falta de apoyo público a la intervención o la divergencia de opiniones dentro de la Casa Blanca influenciaron la toma de decisión, las razones que más peso tuvieron y que generaron dudas y suspicacia en la Administración fueron aquellas con respecto a los europeos. El conflicto libio estaba ocurriendo en el “patio trasero” de Europa, además de que no suponía un interés estratégico vital para EE.UU: se veía pues como un “proyecto europeo”. Asimismo, Obama estaba cada vez más exhausto de acarrear con el reparto desigual del gasto de defensa de la OTAN. Por tanto, parte de la suspicacia de Washington por intervenir en Libia derivaba de su determinación en impulsar a que sus aliados europeos se responsabilizaran de sus propias ambiciones militares.

La segunda pregunta de investigación buscaba examinar si, la Unión Europea, pese a sus avances en materia de política exterior y defensa, estaba lo suficientemente capacitada para llevar a cabo una respuesta efectiva en Libia, cumpliendo así con las expectativas de la comunidad internacional y la propia Unión. En este caso, hay una mayor dificultad en responder a esta pregunta dado que la política exterior o de seguridad y de defensa de la UE podría constituir otro ensayo por sí mismo dada la magnitud de la materia. No obstante, el presente trabajo condensó esta información y la aplicó con respecto al asunto libio. Dado el carácter intergubernamental de los mecanismos para la actuación de la UE en el ámbito exterior y de seguridad, se puede concluir que estas herramientas institucionales demostraron ser insuficientes a la hora de aplicar la PESC o la PCSD en el conflicto en Libia. El hecho de que

la respuesta europea estuviese basada principalmente en respuestas unilaterales y bilaterales por parte de sus Estados miembros y no por la UE colectivamente muestra cómo, aunque se hizo un amago por resolver los problemas básicos en este campo, estas reformas no fueron suficiente para que la Unión actuara como institución sola o como aliado competente para la OTAN. De igual modo, las divergencias en opiniones y declaraciones entre los Estados miembros y entre los líderes europeos sobre el conflicto muestran una división interna que debilita la postura de la UE en el escenario internacional. No se cumplió, por tanto, con las expectativas puestas en esta organización en relación con la guerra en Libia. Teniendo en cuenta los intereses que tenía la Unión y sus miembros en este país, se esperaba una respuesta más asertiva, y no el fracaso, por ejemplo, de la operación EUFOR Libia y la falta de capacidades europeas que amenazaron al cumplimiento del objetivo de la misión de la OTAN.

La tercera y última pregunta de investigación planteaba si fue a raíz de la experiencia de la operación de la OTAN, y sus distintos elementos, como la nueva manera de liderar por parte de EE.UU, el motivo por el cual se debilitó el vínculo transatlántico. En vista de lo analizado en el estudio del caso, se puede afirmar que sí. La OTAN, símbolo institucional del vínculo transatlántico en seguridad y defensa, actuó bajo la operación Protector Unificado en Libia. Esta misión fue comandada por los socios europeos dado que EE.UU optó por adoptar una nueva forma de liderazgo, el “dirigir desde atrás”. Esta estrategia política pretendía propulsar a los europeos a que se responsabilizasen de la operación a través de una actuación limitada y sin enviar soldados estadounidenses al terreno. Esta nueva definición de liderazgo (de puertas adentro en vez de público) buscaba ser una respuesta contra los *free riders* que tanto han perjudicado la relación transatlántica. De este modo, el *leading from behind* de Obama dispuesto en Libia es una clara manifestación del deterioro de este vínculo. Asimismo, el asumido de la operación por los aliados europeos de la OTAN presentó una serie de deficiencias. Las contrariedades surgidas durante la misión, tales como los diversos grados de compromiso militar por los Estados miembros europeos de esta alianza o la falta de recursos que aquellos que intervinieron disponían, revelaron que muchos de los socios europeos de la OTAN no estaban capacitados para responsabilizarse de su seguridad. Además, el hecho de que la UE no pudiese efectuar la operación y que por tanto fuese encomendada a la OTAN (aunque los europeos eran quienes tenían intereses invertidos en este país), demuestra que la Unión no está lo suficientemente desarrollada en este ámbito para actuar por si sola. Por consiguiente, esto ejercía presión sobre la relación transatlántica. Futuras declaraciones del presidente Obama confirman que, en vista de la experiencia de la intervención en Libia, esta

misma deterioró el vínculo transatlántico ya que evidenció que los aliados europeos no podían actuar independientemente de EE.UU e, igualmente, supusieron ser unos socios insuficientes en materia de seguridad y defensa.

Considerando lo anterior, puede afirmarse la hipótesis de que la intervención europea en el conflicto armado en Libia deterioró el vínculo transatlántico entre Estados Unidos y los Estados miembros de la Unión Europea. Se ha evidenciado que el ámbito de la seguridad y defensa es el flanco más débil de esta organización internacional de integración (un ‘gusano militar’), exasperando de ese modo a las Administraciones estadounidenses, quienes se sienten presionados por responsabilizarse de ellos en este campo. Esto ha llevado a un replanteamiento de la utilidad de la OTAN por parte de EE.UU. Por consiguiente, esta amenaza, junto con las debilidades expuestas en Libia, llevaron a los dirigentes europeos a contemplar, una vez más, la importancia del desarrollo de una autonomía estratégica. Esta misma haría de las potencias europeas unos aliados más competentes en seguridad y defensa, lo cual podría implicar el restablecimiento de la relación transatlántica tras este declive experimentado en Libia.

8. Bibliografía

A/RES/60/1. (2005). 60/1. Documento Final de la Cumbre Mundial 2005. *Naciones Unidas Asamblea General*, pp. 1-42. Recuperado de https://www2.ohchr.org/spanish/bodies/hrcouncil/docs/gaA.RES.60.1_Sp.pdf

AFP. (24 marzo 2011). Europe's foreign policy in line of fire over Libya. *Dawn*. Recuperado de <https://www.dawn.com/news/615507/europes-foreign-policy-in-line-of-fire-over-libya>

Allen, D. y Smith, M. (2011). Relations with the Rest of the World. *Journal of Common Market Studies*, 49, pp. 209-230. DOI: <https://doi.org/10.1111/j.1468-5965.2011.02188.x>

Allen, D. y Smith, M. (2012). Relations with the Rest of the World. *Journal of Common Market Studies*, 50, pp. 162-177. DOI: 10.1111/j.1468-5965.2012.02277.x

Amnistía Internacional. (2021). Libia: Diez años después del levantamiento, las milicias abusivas eluden la justicia y obtienen beneficios. *Amnistía Internacional*. Recuperado de <https://www.amnesty.org/es/latest/news/2021/02/libya-ten-years-after-uprising-abusive-militias-evade-justice-and-instead-reap-rewards/>

Amnistía Internacional. (s.f.). La “Primavera Árabe” cinco años después. *Amnistía Internacional*. Recuperado de <https://www.amnesty.org/es/latest/campaigns/2016/01/arab-spring-five-years-on/>

Añaños Meza, M. C. (2013) La intervención militar autorizada de las Naciones Unidas en Libia: ¿Un precedente de la “responsabilidad de proteger”? *Estudios Internacionales: Revista del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile*, 74 (enero-abril), pp. 27-58

Arteaga, F. (2011). La OTAN en Libia. *Real Instituto Elcano*, 110, pp. 1-6

Babington, D. (20 febrero 2011). Berlusconi under fire for not “disturbing” Gaddafi. *Reuters*. Recuperado de <https://www.reuters.com/article/us-italy-libya-berlusconi-idUSTRE71J1LH20110220>

Banco Mundial. (n.f.). Gasto militar (% del PIB). *Banco Mundial, Datos*. Recuperado de https://datos.bancomundial.org/indicador/MS.MIL.XPND.GD.ZS?end=2012&locations=DE-GB-US-FR-ES-IT-MT-BE-NL&name_desc=false&start=2012&view=bar

Barry, B. (2011). Libya's Lessons. *Global Politics and Strategy*, 53(5), pp. 5-14. DOI: <https://doi.org/10.1080/00396338.2011.621622>

Bassets, L. (25 noviembre 2012). El pivote asiático de Obama. *El País*. Recuperado de https://elpais.com/elpais/2012/11/23/opinion/1353685524_976886.html

Beaumont, P. y Townsend, M. (3 abril 2011). US begins withdrawing forces from Libya no-fly zone. *The Guardian*. Recuperado de <https://www.theguardian.com/world/2011/apr/03/us-withdrawing-forces-from-libya>

Benedicto Solsona, M.A. y Molina García, M.J. (2020). Frente a los desafíos actuales de la geopolítica global, ¿cómo se articula la autonomía estratégica de la Unión Europea en el marco

de su política exterior y de seguridad?. *Relaciones Internacionales – UAM*, 44, pp. 11-28. DOI: <https://doi.org/10.15366/relacionesinternacionales2019.41.002>

Bermejo García, R. y López-Jacoiste Díaz, E. (2013). De la intervención por causas humanitarias a la responsabilidad de proteger. Fundamentos, similitudes y diferencias. *Cuadernos de Estrategia*, 160, pp. 18-76

Black, I. (16 febrero 2015). UK envoy: if Libya fails it could be Somalia on the Mediterranean. *The Guardian*. Recuperado de <https://www.theguardian.com/world/on-the-middle-east/2015/feb/16/uk-envoy-if-libya-fails-it-could-be-somalia-on-the-mediterranean>

Blomdahl, M. (2016). Bureaucratic Roles and Positions: Explaining the United States Libya Decision. *Diplomacy & Statecraft*, 27(1), pp. 142-161. DOI: 10.1080/09592296.2016.1137739

Brattberg, E. (2011). Opportunities lost, opportunities seized: the Libya crisis as Europe's perfect storm. *European Policy Centre, Policy Brief* (June). Recuperado de https://www.files.ethz.ch/isn/141489/pub_1310_opportunities_lost.pdf

Brittan, L. (1995). La relación transatlántica. *Política Exterior*, 9(44), pp. 101-104, 109-113

Carati, A. (2017). Responsibility to protect, NATO and the problem of who should intervene: reassessing the intervention in Libya. *Global Change, Peace & Security*, 29(3), pp. 293-309

Casa Blanca. (2012). Sustaining U.S. Global Leadership: Priorities for 21st Century Defense. *Department of Defense, United States of America*. Recuperado de https://archive.defense.gov/news/defense_strategic_guidance.pdf

Castle, S. (1 abril 2011). Lady in Waiting. *Foreign Policy*. Recuperado de <https://foreignpolicy.com/2011/04/01/lady-in-waiting/>

Chopin, T. y Lefebvre, M. (2010). Three Phone Numbers for Europe: Will the Lisbon Treaty Make the European Union More Effective Abroad?. *Center on the United States and Europe at Brookings*, US-Europe Analysis Series Number 43, pp. 1-9. Recuperado de https://www.brookings.edu/wp-content/uploads/2016/06/0106_european_union_chopin.pdf

Comisión Europea. (2012). Libyan Crisis. *European Commission, Humanitarian Aid and Civil Protection*. Recuperado de https://ec.europa.eu/echo/files/aid/countries/libya_factsheet.pdf

Comisión Internacional sobre Intervención y Soberanía de los Estados. (2001). La Responsabilidad de Proteger. *Informe de la Comisión Internacional sobre Intervención y Soberanía de los Estados*. pp. 1-91. Recuperado de https://repositorio.uam.es/bitstream/handle/10486/678557/RI_3_7.pdf?sequence=1&isAllowed=y

Cuadro, M. (2018). La intervención en Libia en 2011: el dispositivo democrático global en funcionamiento. *OASIS*, 27, pp. 129-147. DOI: <https://doi.org/10.18601/16577558.n27.08>

Decisión 2011/210/PESC. (1 abril 2011). Decisión 2011/210/PESC del Consejo sobre una operación militar de la Unión Europea en apoyo de las operaciones de asistencia humanitaria

como respuesta a la situación de crisis existente en Libia (“EUFOR Libia”). *Diario Oficial de la Unión Europea*, pp. 17-20

Departamento de Información Pública de las Naciones Unidas. (2005). Documento final de la Cumbre Mundial 2005. *Naciones Unidas*. Recuperado de https://www.un.org/spanish/summit2005/fact_sheet4.pdf

Dirección General de Comunicación. (2020). The European Union: What it is and what it does. *Publications Office of the EU*. Recuperado de <https://op.europa.eu/es/publication-detail/-/publication/ac0a88a6-4369-11ea-b81b-01aa75ed71a1/language-en>

Drucker, D.M. (20 marzo 2011). Graham, McCain: U.S. Response to Libya Was Too Slow. *Roll Call*. Recuperado de <https://www.rollcall.com/2011/03/20/graham-mccain-u-s-response-to-libya-was-too-slow/>

Fabbrini, S. (2014). The European Union and the Libyan crisis. *International Politics*, 51(2), pp. 177-195

Fernández-Lasquetty, J. (12 julio 2018). ¿Puede desaparecer la OTAN?. *El Cato*. Recuperado de <https://www.elcato.org/puede-desaparecer-la-otan>

Ferrer Lloret, J. (2012). La Unión Europea ante la crisis libia: ¿Derecho internacional, democracia y derechos humanos en las relaciones euromediterráneas?. *Revista de Derecho Comunitario Europeo*, enero/abril(41), pp. 13-56

Fiott, D. (2018). Strategic autonomy: towards ‘European sovereignty’ in defence?. *European Union Institute for Security Studies, Brief*, 12, pp. 1-8. Recuperado de https://www.iss.europa.eu/sites/default/files/EUISSFiles/Brief%2012__Strategic%20Autonomy.pdf

Franke, U. y Varma, T. (18 julio 2019). Independence play: Europe’s pursuit of strategic autonomy. *European Council on Foreign Relations*. Recuperado de https://ecfr.eu/special/independence_play_europes_pursuit_of_strategic_autonomy/

Garton Ash, T. (24 marzo 2011). France plays hawk, Germany demurs. Libya has exposed Europe’s fault lines. *The Guardian*. Recuperado de <https://www.theguardian.com/commentisfree/2011/mar/24/france-hawk-germany-demurs-libya-europe>

Gates, R. (31 marzo 2011). Operation Odyssey Dawn and the Situation in Libya: Hearing before the Committee on Armed Services. *United States Government, Senate Hearing* 112-162, pp. 1-41

Ghotme, R. y Ripoll, A. (2018). Responsabilidad de proteger (los intereses): el caso de la intervención de la OTAN en Libia. *Reflexión política*. 20(39)

Gnessoto, N. y de Margerie, S.C. (29 abril 2013). Defence: The French Ambition for Europe. *Notre Europe Jacques Delors Institute*. Recuperado de <https://institutdelors.eu/wp-content/uploads/2020/08/whitepaperdefence-gnesottodemargerie-ne-jdi-apri13-1.pdf>

Goldberg, J. (2016). The Obama Doctrine. *The Atlantic*. Recuperado de <https://www.theatlantic.com/magazine/archive/2016/04/the-obama-doctrine/471525/>

Grevi, G. (19 julio 2019). Strategic autonomy for European choices: The key to Europe's shaping power. *European Policy Centre*, Discussion paper, pp. 1-23. Recuperado de https://wms.flexious.be/editor/plugins/imagemanager/content/2140/PDF/2019/190719_Strategicautonomy_GG.pdf

Guinea Llorente, M. (2018). La política exterior de Estados Unidos hacia Europa. Cambios y continuidades de Obama a Trump. *Revista UNISCI*, 48 (octubre), pp. 61-90. DOI: <http://dx.doi.org/10.31439/UNISCI-18>

Hoffman, S.C. (2009). Overlapping Institutions in the Realm of International Security: The Case of NATO and ESDP. *Perspectives on Politics*, 7(1), pp. 45-52. DOI: 10.1017/S1537592709090070

Howorth, J. (2014). 'Opération Harmattan' in Libya: a paradigm shift in French, European and transatlantic security arrangements?. *Journal of Transatlantic Studies*. 12(4), pp. 405-417. DOI: <https://doi.org/10.1080/14794012.2014.962738>

Joffe, J. (12 diciembre 2016). The Folly of Abandoning Europe: The Case Against U.S. Retreat. *Foreign Affairs*. Recuperado de https://www.foreignaffairs.com/articles/europe/2016-12-12/folly-abandoning-europe?utm_medium=promo_email&utm_source=lo_flows&utm_campaign=registered_user_welcome&utm_term=email_1&utm_content=20210614

Kempin, R. y von Ondarza, N. (mayo 2011). CSDP on the brink: The importance of bringing France and the United Kingdom back in. *German Institute for International and Security Affairs*. 13, pp. 1-4. Recuperado de https://www.swp-berlin.org/publications/products/comments/2011C13_kmp_orz_ks.pdf

Koenig, N. (2011). The EU and the Libyan Crisis: In Quest of Coherence?. *Instituto Affari Internazionali*, IAI Working Papers 1119, pp. 1-21

Kuperman, A.J. (marzo/abril 2015). Obama's Libya Debacle. *Foreign Affairs*. Recuperado de https://www.foreignaffairs.com/articles/libya/2015-02-18/obamas-libya-debacle?utm_medium=promo_email&utm_source=lo_flows&utm_campaign=registered_user_welcome&utm_term=email_1&utm_content=20210614

La Vanguardia. (15 marzo 2011). El G8 no se pone de acuerdo para frenar la guerra en Libia. *La Vanguardia*. Recuperado de <https://www.lavanguardia.com/internacional/20110315/54127454261/el-g8-no-se-pone-de-acuerdo-para-frenar-la-guerra-en-libia.html>

La Vanguardia. (20 octubre 2011). Así cayó Muamar el Gadafi. *La Vanguardia*. Recuperado de <https://www.lavanguardia.com/internacional/20111020/54232711755/asi-cayo-muamar-el-gadafi.html>

Legrand, J. (2020). La política exterior: objetivos, mecanismos y resultados. *Parlamento Europeo*. Recuperado de <https://www.europarl.europa.eu/factsheets/es/sheet/158/la-politica-exterior-objetivos-mecanismos-y-resultados>

Löfflmann, G. (2015). Leading from Behind – American Exceptionalism and President Obama’s Post-American Vision of Hegemony. *Geopolitics*, 20(2), pp. 308-332

López-Jacoiste Díaz, E. (2011). La crisis de Libia desde la perspectiva de la responsabilidad de proteger. *Anuario Español de Derecho Internacional*, 27, pp. 109-152

Lungescu, O. (2011). Press briefing by NATO Spokesperson Oana Lungescu, joined by NATO Military Committee Chairman Admiral Giampaolo Di Paola and Commandoer of Operation Unified Protector, Lieutenant General Charles Bouchard (Opening remarks). *NATO*. Recuperado de https://www.nato.int/cps/en/natolive/opinions_71897.htm

MacAskill, E. (22 marzo 2011). Libyan bombing ‘unconstitutional’, Republicans warn Obama. *The Guardian*. Recuperado de <https://www.theguardian.com/world/2011/mar/22/libyan-conflict-unconstitutional-obama-warned>

Marrero Rocha, I. (2013). La responsabilidad de proteger de la comunidad internacional en los casos de Libia y Siria: análisis comparativo. *Grupo de Estudios de Relaciones Internacionales (GERI) – UAM*, 22, pp.127-148

Martínez de Rituerto, R. (11 junio 2011). Gates vaticina a la OTAN un futuro “oscuro, si no negro”. *El País*. Recuperado de https://elpais.com/diario/2011/06/11/internacional/1307743204_850215.html

Martínez de Rituerto, R. (24 marzo 2011a). La UE congela los fondos de las empresas petroleras libias. *El País*. Recuperado de https://elpais.com/diario/2011/03/24/internacional/1300921211_850215.html

Menon, A. (2012). Defense Policy. En E. Jones, A. Menon y S. Weatherill (Eds.), *The Oxford Handbook of the European Union* (pp. 585-599). Oxford: Oxford University Press

Michaels, J.H. (2011). NATO After Libya: Alliance Adrift?. *The RUSI Journal*, 156(6), pp. 56-61. DOI: <https://doi.org/10.1080/03071847.2011.642689>

Miller, J. (27 marzo 2011). Defence Secretary: Libya Did Not Pose Threat to U.S., Was Not ‘Vital National Interest’ to Intervene. *ABC News*. Recuperado de <https://abcnews.go.com/International/defense-secretary-libya-pose-threat-us-vital-national/story?id=13231987%23>

Mingst, K. (n.f). International organization. *Britannica*. Recuperado de <https://www.britannica.com/topic/international-organization>

Mora, M. (21 febrero 2011). Italia pone en alerta máxima todas sus bases militares. *El País*. Recuperado de https://elpais.com/internacional/2011/02/21/actualidad/1298242817_850215.html

Nye, J.S. (1990). Soft Power. *Foreign Policy*. 80(otoño), pp. 153-171

OTAN. (2021). Funding NATO. *NATO.int*. Recuperado de https://www.nato.int/cps/en/natohq/topics_67655.htm

Pabst, A. (2011). Euro-Atlantic and Eurasian Security in a Multipolar World. *American Foreign Policy Interests*, 33(1), pp. 26-40. DOI 10.1080/10803920.2011.552036

Paquin, J., Massie, J. y Beauregard, P. (2017). Obama's leadership style: enabling transatlantic allies in Libya and Mali. *Journal of Transatlantic Studies*, 15(2), pp. 184-206. DOI: <https://doi.org/10.1080/14794012.2016.1268793>

Pradella, L. y Taghdisi Rad, S. (2017). Libya and Europe: imperialism, crisis and migration. *Third World Quarterly*, 38(11), pp. 2411-2427. DOI: <https://doi.org/10.1080/01436597.2017.1350819>

Representación de España en la OTAN. (n.f.). ¿Qué es la Alianza Atlántica, qué es la OTAN?. *Ministerio de Exteriores*. Recuperado de <http://www.exteriores.gob.es/representacionespermanentes/otan/es/quees2/paginas/queeslaotan.aspx>

Rhodan, M. (11 abril 2016). President Obama Admits the 'Worst Mistake' of His Presidency. *TIME*. Recuperado de <https://time.com/4288634/president-obama-worst-mistake/>

Robertson, G. (6 julio 2011). Transatlantic Relations: A Case for Optimism. *Chatham House*, pp. 2-21. Recuperado de <https://www.chathamhouse.org/sites/default/files/060711robertson.pdf>

Rodríguez Zapatero, J.L. (11 marzo 2011). Conferencia de prensa del presidente del Gobierno después de la reunión del Consejo Europeo. *La Moncloa*. Recuperado de <https://www.lamoncloa.gob.es/presidente/intervenciones/paginas/2011/prp20110311.aspx>

S/RES/1970. (2011). Resolución 1970 (2011). *Naciones Unidas, Consejo de Seguridad*. Recuperado de <https://documents-dds-ny.un.org/doc/UNDOC/GEN/N11/245/61/PDF/N1124561.pdf?OpenElement>

S/RES/1973. (2011). Resolución 1973 (2011). *Naciones Unidas, Consejo de Seguridad*. Recuperado de <https://documents-dds-ny.un.org/doc/UNDOC/GEN/N11/268/42/PDF/N1126842.pdf?OpenElement>

Saad, L. (29 marzo 2011). Americans Resist a Major U.S. Role in Libya. *Gallup*. Recuperado de <https://news.gallup.com/poll/146840/Americans-Resist-Major-Role-Libya.aspx>

Sanger, D. E. (24 abril 2011). Libya's other quagmire: Obama and NATO's burden-sharing debate. *Atlantic Council*. Recuperado de <https://www.atlanticcouncil.org/blogs/natosource/libyas-other-quagmire-obama-and-natos-burdensharing-debate/>

Song, Y. (2016). The US commitment to NATO in the post-Cold War period – a case study on Libya. *Journal of Transatlantic Studies*, 14(1), pp. 83-113. DOI: <https://doi.org/10.1080/14794012.2015.1125165>

Stavridis, S. y Fernández Molina, I. (2013). El Parlamento Europeo y el conflicto de Libia (2011): ¿una tribuna moral eficiente?. *CIDOB d'Afers Internacionals*, 101, pp. 153-176

Stratfor. (24 marzo 2011). Europe's Libya Intervention: An Introduction. *Stratfor*. Recuperado de <https://worldview.stratfor.com/article/europes-libya-intervention-introduction>

The Economist. (23 marzo 2017). The importance of a European foreign and security policy. *The Economist*. Recuperado de <https://www.economist.com/special-report/2017/03/23/the-importance-of-a-european-foreign-and-security-policy>

Tierney, D. (2016). The Legacy of Obama's 'Worst Mistake'. *The Atlantic*. Recuperado de <https://www.theatlantic.com/international/archive/2016/04/obamas-worst-mistake-libya/478461/>

Tovar Ruíz, J. (2013). La política europea de Obama y las relaciones transatlánticas. *CIDOB d'Afers Internacionals*, 102-103, pp. 219-242

Turunen, T y Peijnenburg, L. (2020). Las relaciones transatlánticas: los Estados Unidos y Canadá. *Parlamento Europeo*. Recuperado de <https://www.europarl.europa.eu/factsheets/es/sheet/174/las-relaciones-transatlanticas-los-estados-unidos-y-canada>

Violakis, P. (2018). *Europeanisation and the Transformation of EU Security Policy*. Londres: Routledge. DOI: <https://doi.org/10.4324/9781315100760>

Walt, S. M. (8 mayo 2013). Barack the buck-passer. *Foreign Policy*. Recuperado de <https://foreignpolicy.com/2013/05/08/barack-the-buck-passer/>

Wester, K. (2020) Operation Unified Protector, NATO, and the UN. En *Intervention in Libya: The Responsibility to Protect in North Africa* (pp. 213-251). Cambridge: Cambridge University Press. doi:10.1017/9781108576666.010

Whitlock, C. (29 enero 2012). NATO allies grapple with shrinking defense budgets. *Washington Post*. Recuperado de https://www.washingtonpost.com/world/national-security/nato-allies-grapple-with-shrinking-defense-budgets/2012/01/20/gIQAKBg5aQ_story.html

Zamarripa Martínez, E. (2015). El marco jurídico y la legalidad de la intervención internacional en Libia. *IEEE Documento de Opinión*, 131, pp. 1-13

Zandee, D., Deen, B., Kruijver, K. y Stoetman, A. (2020). European strategic autonomy in security and defence. *Clingendael Report*, diciembre, pp. 1-74. Recuperado de https://www.clingendael.org/sites/default/files/2020-12/Report_European_Strategic_Autonomy_December_2020.pdf